

CADAVERITO



NEGRO, QUE TE QUIERO HUMOR: Carlos Manuel Cruz Meza / 3

a) CADAVERITO

PROMENADE / 6
IRAE / 8
NEGO / 9
COMMERCIIUM / 10
DEPRIMO / 12
ACCEPTIUS / 14
SORPRESA / 16
PROIBIZIONE / 17
ENNUI / 18
TORNARE / 19
TRADEMARK / 20
FINALE / 21

b) LO QUE NO TE MATA, REGRESA

A LA SEMANA SIGUIENTE Y LO INTENTA OTRA VEZ

■ o NEGRO QUE TE QUIERO HUMOR / 23
PALO MAYOMBE / 32
LA OPTICA DEL PRINCIPE / 36
OTEOS EN *MARE TENEBRIS* / 39
PERROS DESQUICIADOS / 42
LA SANTERA ROSA / 44
LOS PATOS, LAGUNA MENTAL / 46
MOUNSTRIG, SU SANADUENDE Y SS / 48
LUCIDARIO DE BLOCK / 49
ROTATORIO / 50
PAVADA POUR UNE INFANTE DEFUNTE / 59
CONJETURA DEL JAROCHO / 62
LOS DE ABAJO / 64
38 GRADOS A LA SOMBRA / 66
PAYASOS ASESINOS DEL ESPACIO SIDERAL / 68
MOEBIUS BIOS / 69
CARCAJADA MACABRA FINAL / 70
c) NOVELA POLICIACA
EL EXTRAÑO CASO DEL JARRÓN PRÍSTINO / 75
EL REGRESO DEL JARRÓN / 89

EL AUTOR / 95

NEGRO, QUE TE QUIERO HUMOR

Carlos Manuel Cruz meza

Negro, que te quiero humor de Gabriel Fuster es una suerte de acto de escape que hunde sus raíces literarias en Saki y Ambroce Bierce. Hay más humor negro que sobriedad malentendida y, por esto mismo, su impacto consigue ser más poderoso. Como Sergio Pitol, hay en sus líneas una alegría carnavalesca, pero sabemos que en el fondo de todo festejo hay un llanto contenido y que toda sonrisa es una mueca que previene y cura en salud y sirve de solaz a toda alma atormentada.

Si el festejo de Gabriel Fuster celebra el desenfreno, si es el miedo el ingrediente indispensable y si el monstruo ronda bajo la cama, entonces nos hallamos ante una tormenta conceptual. En la apología desfilan jubilosos, arlequines y espectros, monstruos y monarcas, personajes históricos y perfectos desconocidos. El barroquismo encuentra su perfecta expresión en los seres que allí pasan. Los colores decorando capas y botines contribuyen a la coreografía, pero también dan la clave del mensaje: nada es lo que aparenta. La festividad no es un carnaval, es un enorme funeral cuyos dolientes escoltan una carroza que guía el abandono, el féretro es otra mentira que a nadie convence, pero todos sostienen. Una caravana lúdica y un hechizo de protección. En cada cuento de *Negro, que te quiero humor* la literatura se convierte en nuestra galería particular de gritos, mientras las pesadillas sonrían perversamente.

Ninguno, ningún evento trascendente escapa de su inmediata enciclopedia. Desde las comedias de Aristófanes y las caricaturas decimonónicas hasta Laurel y Hardy y su burla a la época de depresión. De las tragedias se hacen algunos de los mejores chistes. El

pobre mortal se ríe de sí mismo, de los demás, de lo que lo asusta, de lo que lo enamora, de lo que respeta, de lo que aborrece. De todo lo que es blasfemia.

Gabriel Fuster retorna de las sombras con el hijo monstruoso de Parsifae, siguiendo la línea de un hilo dejado atrás de recuerdos y sinsabores de una época pretérita, pero si el cordel de Ariadna indica la salida del laberinto, no implica que quien regresa sea el mismo que quien partió. Ver de frente a la bestia no lo deja incólume. Y en los cuentos que integran el libro, la huella de ese enfrentamiento es notoria. Luego, ¿Son los escritores entonces los cronistas de estas realidades alternativas? ¿No todas nuestras obras son parte de una o unas historias que narran verdades de la continuidad onírica? Concebirlos es darles existencia. O tal vez existen y por eso pensamos. Gabriel Fuster demuestra esta hipótesis a lo largo del volumen de trece cuentos, trece gárgolas cargadas de una atmósfera surreal y de un eterno, impostergable despertar.

Xalapa, Ver. Febrero 2006

I



CADAVERITO

PROMENADE

Boleto de ida.

Mucha gente ha oído comentar en alguna sala de espera sobre las cinco etapas de la muerte que propone Elisabeth Kubler-Ross, a saber: ira, negación, chantaje, aflicción y aceptación. Pero ni los impuestos son ineludibles en esta vida. Los tánatologistas también reconocen cinco etapas al estado de cranxo, o “la vi cerquita”, y por revisión tenemos: sorpresa, prohibición, aburrimiento, regreso y regalías de autor. Yo tuve mi propia experiencia el 17 de mayo de 2003 a las 9:35 de la noche. Acudía a una cita en mi automóvil compacto con placa YBS 7777, cuando al detenerme en el semáforo de la avenida Miguel Alemán, una vagoneta color blanco se impactó contra mi cajuela por alcance. En un acto reflejo, me bajé a ver el daño, cuando otra camioneta que pasaba de largo me atropelló como un cono fluonaranja de tránsito que le estorbara de pronto y se dio a la fuga. Caí y me dije: ya me quedé inválido y sin haber amado. Noto el celular al lado mío, lo recupero a tientas y marco a la persona que debía estar preocupada por mi retraso. Le digo que acabo de ser atropellado y la otra persona comenta: “¿Y qué quieres que haga?”. En ese momento adiviné que estaba muerto. La ambulancia llegó a tiempo para el tiempo que comenzaba a percibir mi dolor y uno de los paramédicos me inyectó novocaína, que empezó a adormecerme las orejas. Yo alcancé a oírme decir antes de perder el conocimiento: “¡Voy a demandarlos a todos, hijos de su puta.....zzzzzzzz!”. Entonces la lectura de mis libros de esotería se hizo real. Mucha gente ha oído comentar en algún viaje corto en avión los muchos testimonios de individuos que claman haber visto un largo túnel de luz al momento de morir, con alguna abuela saludando con la mano al final del mismo. Esta no fue mi experiencia. Aunque si me encontré en un túnel negro, al final me hallaba

llegando a tiempo a la comida anual que se ofrece en el salón *La Luna* con motivo del día del maestro. Yo me sentaba a escuchar las palabras festivas del Director del plantel por cuarenta minutos. Al tocar el turno del Secretario general de mi sección sindical, noté que mi cerebro empezaba a perder oxígeno. Alguien me sirvió una cerveza y me recuperé. Más fue necesaria una defibrilación al empezar a tocar la marimba. No sé qué elevado poder me regresó a la vida. Debió haber sido la voz de Elizabeth Hurley con uniforme de enfermera en urgente látex que me decía: “Wake up, honey...and let’s make love ‘till it hurts!”. Yo respondí, atontado: “¿Mande?”. Elizabeth corrige: “¡Hell no, no monday...today!”. Ira, negación, chantaje, aflicción y aceptación. Boleto de ida. Boleto de vuelta. Uno puede comprar su paquete Cranxo llamando al número (553) 141 9583, no disponible en tiendas ni catálogos, y si llaman en estos momentos adquieren un segundo *kit* conteniendo un mapa a color del más allá, cinco bolsas de cacahuates japoneses, seis botes de Coca-Cola light, revistas, una lámpara de mano con baterías doble A incluidas, un rollo de papel, dos monedas para cubrir los ojos y un brazalete de identificación. Las aseguradoras como GNP pueden vender una póliza para los interesados en esta experiencia igual a la mía: si tú *casi* te mueres, ellos *casi* te pagan.

Paso a mejor vida.

IRAE

Un cartero de Turín despierta oyendo voces dentro de su cabeza a las siete y seis minutos del día lunes. La voz le ordena: “Renuncia a tu trabajo, vende tu casa y expide un cheque al portador con todo tu dinero”

El tipo ignora la voz.

Avanzada la mañana, la voz vuelve a repetir las instrucciones dentro de su cabeza: “Renuncia a tu trabajo, vende tu casa y expide un cheque al portador con todo tu dinero”

El tipo se mantiene indiferente en su trabajo.

La voz empieza a agobiar al individuo a cada minuto como enfermedad desconocida. El hombre no soporta en la fatiga de la carne. Decide creer en la voz y renuncia a su trabajo, vende su casa y expide un cheque al portador con todo su dinero.

La voz ordena: “Ve a Montecarlo”

El tipo toma un carro a Montecarlo.

La voz indica: “Dirígete al casino, entra y toma un lugar a la mesa de ruleta”

El tipo coloca su cheque en el tapete y es canjeado por fichas.

La voz dice: “Apuesta todo tu dinero al número 23”

El tipo coloca todas sus fichas en el número indicado.

El *croupier* da una larga vuelta a la ruleta. La pelota cae en el número 4 negro. La voz retumba de línea recta en el concurrido lugar: “*¡Porca miseria!*”

NEGO

Ella es la rutilante estrella de cine, amada por los telefotos, odiada por la crítica, rubia y letal en su vestido negro de pronunciado escote al tamaño de todo el cuerpo, la boca infinitamente cerrada y de minúscula medida, las tetas cristalinas y poniendo el dedo meñique sobre las copas para que no se pierda el rumbo de la alfombra roja. Él es el admirador universal desde su invisibilidad en la multitud, esperando un autógrafo o no esperando nada durante mil funciones, cien cabezas, siete planetas alineados con el sextante pedestre mientras se arranca el diente de *paparazzi*, domina el próximo disfraz de dormir, contempla con ojos plateados.

Ella aparece en el momento preciso.

Él extiende las manos, prevalece una seña por amor de su nombre.

Las miradas hacen contacto, nace en ellos otro brillo que iguala el ojo con el sol.

Esta historia es tan antigua como el origen de la pulpa de la fruta.

Él se ha aprendido las líneas que ella gusta oír. Ella habla con voz más fuerte.

Él realiza el primer movimiento de acercamiento entre los dos, entonces la besa con enorme ardor en los labios.

Ella no siente nada

Él pasa una caricia sobre su rostro, ascendente, descendente.

Ella sale de escena y la mentira se ha roto.

Antes de que él pueda decirle algo, invocando al corazón machacado, ya es llevado de mal modo de vuelta a su butaca porque no permite mirar el desenlace de la película al resto del público sentado.

COMMERCIIUM

Durante una campaña en el norte del África, el legionario entabla un argumento acerca de la eficiencia sexual romana con el árabe y mercader que detiene su caravana de especias y jaspeados de sedas ante el cruzar de lanzas de gabela. En el normal transcurso de los eventos del anfitrión y el vino, este debate no encuentra una conclusión satisfactoria, pero el hecho que la región se encuentra retirada del mundo antiguo tiene sus ventajas. El árabe dice:

-Mi querido romano, es inútil discutir este punto desde el mero punto de vista de las palabras. Ustedes tienen sus orgías, pero yo tengo, glorioso Alá, un enorme harem. Ahora puedo darte a escoger entre las esclavas que llevo aquí y permitir que ambos compitamos en una noche bajo las delicias del amor y, en la palabra de hombres, ser honestos en nuestro marcador. Mañana por la mañana simplemente comparamos los números en la pared.

-De acuerdo, moro

El legionario regresa a su tienda, no sin antes fijar su atención en una negra de ojos violeta. Tras el primer esfuerzo completado en el lecho de las piedras, el romano salva la marca con su daga en el inmediato poste de apoyo. Recuperado en sus fuerzas como se sufre el riesgo del combate, no tarda en completar su segunda eyaculación e inmediatamente poner su segunda marca firme en el puntal. Finalmente, la cara movediza y el polvo le resisten, pero una tercera marca se une a las anteriores dos.

El legionario se sumerge en profundo sueño placentero, con el sentimiento de haber refrendado por leche tibia de cabra el poderío de roma.

En la mañana siguiente, el árabe entra a la tienda sin anunciarse y al momento de proceder a las usuales amenidades de brindar las bendiciones del día, pone accidentalmente su ojo en las marcas grabadas sobre la armazón de palos.

-¿Ese es tu marcador, romano?

-Honestamente contado, ave César- responde, sonriendo modestamente

-¡Por Alá, debo aceptar mi derrota! ¡No me parece posible, pero el romano me ha vencido por dos ordeñas!

-¿Por dos?

-Me temo que sí. Debido a mis desmejorados poderes, sólo pude completar 109.

DEPRIMO

Arriba Chihuahua...y el que no lo crea que vea el mapa. La gente del norte es considerada el propio epítome de brusquedad y eficiencia. La gente del sur es la esencia de gracia y cortesía.

Dio la casualidad que un *huerco* visitaba Mérida y se encontró perdido. ¿Qué hace un vecino de las tierras áridas en estos casos? Él toma de la guayabera al primer yucateco que ve pasar y le grita: “¡El correo!...¿Dónde está?”

El hombre de la península suavemente se desprende las manos del turista, alisa el cuello de su prenda regional y responde de manera gentil: “Señor, ¿no hubiera sido más apropiado para ambos acercarse con suma cortesía y preguntar: *Caballero, tiene un momento para indicarme el rumbo hacia la oficina de correos?*”

El norteño mira con incredulidad al nativo por unos instantes, enseguida refunfuña: “¡Prefiero andar perdido!”. Y la razón toma rumbo desconocido hacia las maniobras del oeste.

Ahora llevemos al *boshito* a visitar Parral un mes después y toca su turno de hallarse perdido en la ciudad. Dirigiendo con amabilidad al hombre de botas y chamarra de gamuza, le pregunta: “Caballero, ¿tiene un momento para indicarme el rumbo hacia la oficina de correos?”

Con prontitud mecánica, el hombre con los dientes de frontera empieza recitar: “Mirando de frente, dos cuadras adelante, vuelta a la derecha, cuenta cuatro cuadras, vuelta a la izquierda, pasando las vías del tren, junto a la bodega de Conasupo, el correo abre de 9 a 16 horas”.

El yucateco, conmovido, responde: “mil gracias, caballero...”. Pero el norteco toma en vilo de dos puños al extraviado y le vocifera: ¡Que gracias ni que calabazas...repita las instrucciones!

El baile se interrumpe. ¡¡¡Bomba!!!

“Si me pides una seña

te la digo con jarana

pero vengo a aquí a tu tierra

y me hablas de mala gana”

ACCEPTIUS

Y éste es el regalo que ella le dio.

El pórtico del zaguán se ha convertido en la ruta del jardín de las delicias a un destello de distancia. Un traspatio donde los ojos beben claridades a cántaros y la idea fija empieza con un paseo y acaba con una medición que borra todos los letreros. La mañana de todas las mañanas del mundo al final del corredor.

Caminando a trancos la salida, las paredes donde apoya el cansancio estaban cuarteadas por todos los años de casuales encuentros y frágiles consentimientos, la recta estructura de la autoestima cavada con fuerza acerada de los hombres en su comarca. Una herida estupefacta en las ruinas.

Los adoquines de la vieja callejuela de vergüenza estaban limosos por los muchos acueductos fracturados por la risa y bajo la gran lluvia debieron de quedar anegadas las mentiras esperando ser absorbidas por debajo del subsuelo. Los desmedidos escalones de sus sueños se apoyaban contra montones de basura. El portón de su pasado era gramática de esos artesanos laboriosos con manos de torpe y debía cerrarse despacio si quería dejarse bien cerrado, por los nudillos que tocan insistentemente y por los poetas no solicitados.

Pero ella habría de dotarte un estío suntuoso con hojas doradas, el paraíso en un rincón del alma, el reino de los cielos donde se ha levantado, ha vuelto a caer y de nuevo levantado el santuario de su persona.

Ella procuró esa fachada de viejo campanario a la imaginación y la sensibilidad, clausurándolo con la doble llave en su postura de brazos cruzados. Ahora le ha conseguido del modo que le quería: ying y yang, luego cada flor y piedra y sueño es una contribución al todo. Toda embelesada, deja apoyado el dedo contra el interruptor de la luz.

Y ella fue al mercado con el cuadro que aquí ves.

Y ella ofertó el lienzo en el sitio más transitado de la plaza de Xico.

Y ella esperó por él para llegar a adquirirlo, porque de entre todas las exóticas viandas y tesoros en ese mercado, el amor era el más singular de los artículos.

Ella espera todavía. Lleva un buen rato.

He aquí cinco pesos. El boleto del camión y el costo de una orquídea. Fíjate de tomar el mercado con *tache, palo, luna y queso*. Buena suerte.

SORPRESA

Al pie de la caja de herramientas del padre, el niño se sienta con los codos apoyados en sus rodillas. Su casa está dispuesta para la grúa, mientras los postes telefónicos se mueven de sitio y rompen filas. Todo lo que se necesita es colocar perlas en los cables abandonados. El niño sabe que, de dar un mordisco a la fruta, escurrirá música.

Este niño agrupa escalones de trayecto zen con los poliedros de juguete.

Su nombre es Asombro.

PROIBIZIONE

Bajo las duras condiciones de tensión en el Medio Oriente, los retenes israelíes aparecen diseminados como rebaños dadas las posibilidades de infiltración en sus líneas de guerrillas palestinas. Cualquier suceso de ignotos aspectos está bajo sospecha. Un soldado israelí detiene a dos personas ascendiendo el camino pedregoso. Una es una mujer, visiblemente embarazada, sentada en ancas de un burro. El otro es un hombre mayor, conduciendo a pie.

-Shalom, ¿hacia dónde se dirigen? – pregunta el centinela.

-A Belem – responde el peregrino

-¿Su nombre?

-Mi nombre es José y mi esposa María

El soldado luce descontrolado, enseguida comenta: Y ¿acaso planean bautizar a su hijo Jesús?

-Así es, ¿cómo lo supo?

Nerviosamente el soldado retrocede y levanta la barra de acceso, invita con voz de sanedrín satisfecho: ¡Adelante, sigan su camino!

Los peregrinos avanzan unos metros, entonces el hombre comenta a la mujer:

-Aleluya, aleluya, este justo pensó que éramos puertorriqueños

ENNUI

En la tradición oral, es harto conocido el relato hindú sobre cinco hombres ciegos de una aldea que tocan a un elefante en distintas partes y consiguen juntos una historia diferente de errores. En la tradición escrita, nuestro antiguo relato es considerado por cinco autores de distintas nacionalidades que asumen lo augural, lo nunciativo, lo intermedio del cuadro hasta el extremo de hacer tolerable al elefante. El alemán terminaría su observación con una publicación en tres tomos, cada volumen repleto de anotaciones marginales y el título con una autenticidad que sobrecoge: *Ein kurz introduction zum Studium des afrikanischen Elefanten*, o *Breve introducción al estudio del elefante africano*. El francés imprimiría un substancial libro en honda comunión con su precio, titulado *La vie en rose d'éléphant rose avec la rose ouverte dans un coup de Champagne*, o lo que sería una traducción aproximada: *O-la-la, el elefante es rosa debido al champaña*. El norteamericano habrá de preferir un libro de bolsillo titulado *How to raise elephants in your backyard for fun and profit*, o *Como criar elefantes en su patio para diversión y negocio*. El japonés haría el tirado en apilado de un *comic* en colorido *manga* titulado *Kyozou*, o *Kyozou, el elefante gigantesco*. El hindú ya exhibe un fiero cartel con el texto *Chuttiyo Ki Shubkaamnayein*, o *Se vende elefante blanco*, aunque los seis ciegos toman la oferta para las armas de los ojos porque si un elefante escapara de un circo en la India, ¿cómo distinguirían sus captores el animal perdido?

En otra página retumbante de pertenencia, Aníbal hubiera preferido cruzar los Alpes en motocicleta, pero tampoco hubiera vendido ninguna del otro lado.

TORNARE

Mi novia y yo no podíamos ocultar la fatiga acumulada, pero nunca habíamos llevado a cabo un vuelo trasatlántico con antelación. El capitán anuncia en el altavoz: “Damas y caballeros, en unos minutos estaremos aterrizando en el aeropuerto de la ciudad de México. La temperatura es de 24 grados Celsius y tenemos un cielo despejado. No olviden tener a la mano sus formas migratorias al tocar tierra. Gracias por preferir volar por Delta”. Es evidente que éste olvida apagar el micrófono, luego de hacer su anuncio. El oficial bosteza y comenta al copiloto: “Hazte cargo de la nave de aquí en adelante. Yo mientras voy a echarme una buena cagada primero, y luego voy a propinarle una cogida de turbulencia a la puta azafata pelirroja en clase turista”. El comentario se escucha en toda la nave. La linda azafata pierde la compostura y corre nerviosa en dirección de la cabina de tripulación. La anciana sentada en nuestra hilera la detiene del brazo en el pasillo y le dice: “Calma, linda, el hombre primero se va echar una buena cagada”. Maslow viaja en primera clase. Mi novia comenta: “Yo quiero un buen plato de frijoles llegando a casa”.

TRADEMARK

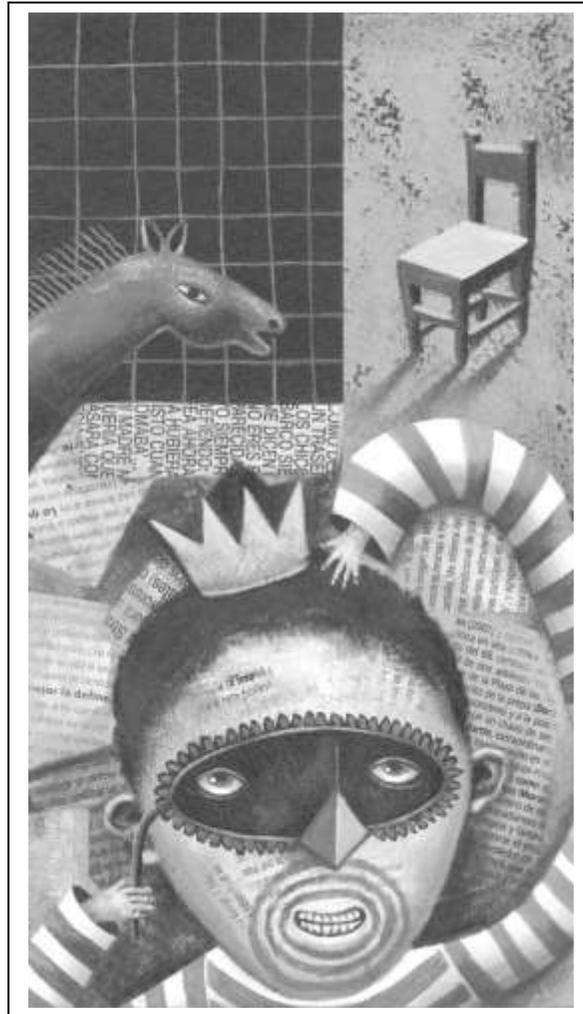
Cuando la NASA inició su programa de envío de naves tripuladas por pilotos, referidos astronautas, sus científicos pronto advirtieron que las plumas, referidas atómicas, simplemente no funcionaban en la gravedad cero. Para combatir el problema, NASA invirtió una década en tecnología y 12 billones de dólares para desarrollar una pluma capaz de escribir en la gravedad cero, de pies o de cabeza, bajo el agua y sobre cualquier superficie rígida al tacto, incluyendo vidrio con la diferencia de soplado, y hasta mantener su eficacia en temperaturas oscilando entre los 300 grados Celsius y abajo del punto de congelación.

Los rusos usaron un lápiz.

IL FINALE

De las páginas de Herodoto se extrae el acontecimiento de la piadosa madre que alumbró gemelos y los ofreció a los dioses para que éstos los distinguieran con la mayor bendición que se pudiera conferir en esta tierra. En ese instante, los recién nacidos murieron rápido y tranquilamente. Solón, el gran legislador ateniense lo comprendió perfectamente a su modo: “Lo mejor que le puede suceder a un hombre es nunca nacer, pero concurro al cuestionamiento que uno entre un ciento de millones no puede ser tan afortunado”. Tra-la-lá, tra-la-lá. Este es uno de los pensamientos desde los días de colegio que me han mantenido como el excéntrico que insertó el mundo ampliamente en un círculo. Quiero veros hacer uno igual.

II



LO QUE NO TE MATA, REGRESA
A LA SEMANA SIGUIENTE
Y LO INTENTA OTRA VEZ

o NEGRO QUE TE QUIERO HUMOR

Si apelo al sentido común, me castiga la jaqueca y sufro ahora, aunque en ocasiones me parece quieta sorpresa verla caminar en la acera de enfrente. O acaso asomándose por el reflejo de alguna vitrina o verla levantar la mirada de un popular libro desde la mesa vecina, desde el comportamiento flojísimo del mundo. Y en ese instante, antes de que comprenda que se trata de otra persona, los pulmones se me encogen y detengo la respiración.

Mea culpa

Yo la conocí hace 18 años. Entonces era una estudiante recién graduada de la carrera de Derecho y buscaba donde realizar mi servicio social. Durante cinco días a la semana me dedicaba a hacer lectura de diversas jurisprudencias en la biblioteca del Juzgado 2° de Primera Instancia. El Licenciado ■■■■■, un octogenario que hablaba pesado y se movía lento, me pagaba cinco pesos por llevarle mecanografiadas dichas tesis hasta sus despachos en Oficialía Mayor de la Facultad de Derecho, no importando cuanto ignorase para qué le fuera útil el transcrito de la mayoría de esos temas que estaban ya incluidos en tomos a su alcance. Temía preguntar, no sucediese que su explicación le tomara horas. El trabajo terminó cuando mi patrón se fue a Italia. Yo siempre había sido un estudiante gratuito, pero las largas vacaciones del licenciado ■■■■■ me hicieron desesperar. El resto de la semana me dirigí a echar un vistazo a la bolsa de trabajo al lado de los estrados, aunque la convocatoria siempre presenta todas las plazas ocupadas de antemano. Sin embargo, ese es el modo que conocí ■■■■■ y cuyo nombre no puedo mentir. Un pequeño aviso adquiere importancia en la vidriera: "*Se necesita: Asistente para importante proyecto en marcha. Pasante o titulado en Carrera de Derecho preferentemente. Notaría*

Pública [REDACTED]". El número telefónico está subrayado como una cifra errónea que con muchas palabras se llega poco a decir antes de usar los dedos. Marco [REDACTED]. La voz a salvo de una mujer contesta la llamada, dando su dirección en el Edificio Pazos e insistiéndome rodear el reloj para encontrarnos en la siguiente hora.

Bajé del taxi repasando lo que debía actuar. No tengo por qué ocultar que estaba un poco nerviosa. Yo estoy aquí por una deuda de *curriculum vitae* que nunca antes conocí, de esas que generalmente lo conduce el nombre, en silencio o en una conversación entre actores, y voy hacia ella, la entrevistadora, extendiendo la mano y la noto cercada de diplomas. La mujer es una maestra del florete y su bienvenida pasa rozando mis oídos. Por si fuera poco, me siento culpable y miento al decirle mi nombre. Lo hago rápido, sin excitación, inventándome un nuevo patronímico, Amparo, sí, pues si voy a ocuparme, por ejemplo, de la altura de la gente y mido dos metros, sería un tanto inconveniente y muy artificial, claro, por no decir un verdadero desperdicio, eludir mi relación personal con techos y marcos de las puertas. Ella imagina que entro en su saludo como quién comienza una amistad a la señal convenida entre las partes. Todo lo demás que le cuento es verdad: la pasante con doble alegría porque contravino a Dracón: "*Vuélvete carpintero, es una buena profesión para un necio*".

A petición suya, doy un giro a mitad de la habitación, deteniendo mi atención sobre la magnífica mesa redonda de cubierta de laca negra resplandeciente, que luce una pecera y una variedad de ceniceros de todas partes del mundo. La mesa, un poco más baja que los escritorios habituales, invitaba más bien al equilibrio juguetón y armónico de la ceremonia del té o el arte del pulso, pero, por supuesto, de cualquiera a escoger, peligrosamente quebradizo.

-Necesito un secretario particular -anunció la dama.

Me dio la espalda y se quitó las gafas, entonces me comentó sus aspiraciones políticas con grandes poses de distraimiento y desdén, que se entiende grandes únicamente cuando no pasan por la ranura que permiten los ojos entrecerrados. Este nivel social era nuevo para mí y acepté quedarme.

-Otra vez, ¿Cómo dijiste que te llamabas, niña?

-Me llamo *Habeas Corpus*, licenciada...pero mis amigos y maestros me dicen Amparo.

-Gracias. Ahora se me ocurre una cosa: necesito a alguien tan adorable como tú, para rodear con cinta métrica al cuerpo del delito...

Cualquier cosa que fuese, lo supuse un mal chiste, excéntrico, aunque me hallé todo el tiempo enteramente disponible a la sonrisa. *Mea culpa*. El chiste, si lo era, tenía una rara pertinencia con la lógica. Los comentarios acerca de una cinta métrica, por ejemplo, tenían sentido, no obstante el cuerpo del delito es una figura teórica de maravilla. Cuerpo violado, pero nunca muerto.

-¡Ah, sí! Conozco la ley.

Sentada, ella apoya con estruendo ambos codos sobre el escritorio y me mira fijamente.

-¡Naturalmente!

Advierto ese agobio del mediodía.

-¿Cuándo y dónde empiezo?

Abre su bolso y extrae un paquete de chicles. Me lo entrega.

-¿Mi primer pago?

-El papel aluminio es un receptor en miniatura de 6 Ghz de potencia, ultrasensible, colócalo junto a la hilera de los molares y obtienes un micrófono capaz de captar hasta el repicar de la campana de los anhelos... ¿Te sorprende?

Me encojo de hombros.

-Amparo, puedes hablar con la policía saliendo de aquí, pero te sugiero que cruces hacia Palacio Municipal y pidas un lugar en la agenda del Secretario del Ayuntamiento. ¡Ah!..y otra cosa, si te veo como la mensajera entre dos pisos, es porque no mandaría el dispositivo secreto en una caja de bombones.

Meneo la cabeza muy tontamente. Menos que resolver la aporía, que exige compromisos tan imposibles como la obra perfecta o el resumen de los Digestos, un ataque de langostas la oculta delante de mi vista e imagino que todo fue un sueño.

Sí, claro.

En el cuarto de la pensión, me senté por horas a repasar mentalmente los probables titulares con mi nombre a ocho columnas, saboreando la goma de mascar. Primero dirán que un estudiante se prendió fuego en un bonzo a plena calle de Independencia y sobre su cuerpo protestando nunca echó tierra la Dirección de Obras Públicas, luego dejarán que escriban que todo fue un complot para matar al funcionario de la dependencia. Las rodillas me tambalean como de chicle. Ya sé que estoy pensando una falsa coartada, pero ¡Hey!, por favor cierra un poco esa persiana: quiero escucharme mejor.

Esa noche los sucesos empezaron. Me desperté con la perfecta consonancia de veinte gatos que rondan la extrema altura, pero esta vez no pude identificar su procedencia en un punto específico de la estufa. Mejor dicho, el demencial llanto era de una mujer, un deplorar terminando en eco a cada curva de la casa, diciendo: "¡Ay, mis hijos! ¡Ay, mis hijos!". Por supuesto, estoy familiarizado con la leyenda, entonces alguien del vecindario

craneal gritó que se callase y el ruido cesó. Supuse que se reanudaría en cualquier momento y no. Inmediatamente pasé al baño para remojarme cara y cuerpo.

El sol vino a quedarse en el agua y de inmediato despierto para levantar el tapón del lavabo. Vuelvo a la segunda entrevista. *Mea culpa*. Esa mañana, el departamento luce menos ordenado que la vez última. Por decir algo, las cortinas se agitan y la silla vacía vuelve a saltitos de la mitad de la alfombra. Mi empleadora pregunta por su país hermético y hago la entrega del micrófono masticado. No me queda más que fingir la incapacidad de espía a mitad de un beso, pero no necesitamos mucho lugar para nosotras dos. Mientras ella habla, yo tengo la vista fija en una caja sobre la mesa, puesto que la nueva adivinanza me ata las manos, cuchichean los bufones unitivos.

-¿Qué te parece este trabajo de conspiración? -me pregunta seria.

-Bien, bien... -le dije, introduciendo las manos en los bolsillos de mi pantalón -...es un territorio que camina contigo.

-Tengo un día muy ocupado y dispongo sólo de treinta minutos para hablar contigo. Nos quedan quince. Te sugiero que me digas exactamente lo que tengas que decirme...

-Señora, en realidad no me interesan sus canales de información, no veo razón para seguir...

-Apostaría cualquier cosa a que no lo crees así...

Más alta que yo, vestida completamente de paraguas, con los brazos cruzados sobre el pecho, la cara sombreada con maquillaje y los ojos a prueba de equilibrio, me parecía la figura ante la cual no podía menos que intimidarme. Finalmente dije: "Me tengo que ir...es domingo".

-Si te quedas, prepararé café para las dos, serviré galletitas y desmenuzaré para tí algunos juicios clásicos; Verás que te maravillaré con mis impecables modales, mi ingenio e imaginación.

Negué con la cabeza.

Frunció sus labios, indicando que meditaba profundamente. Extendió un contrato con mis iniciales en tinta negra e interpuso la caja misteriosa al frente. Indicó que no necesitaba que le resolviera mi situación sino hasta el lunes de la siguiente semana. O sea, tenía hasta mañana. Claro, en mi cautela por revisar su documento bajo la lupa, no obstante no pude hallar ninguna cláusula oculta, quedó constancia de mi descubrimiento de un nuevo tipo de bacteria.

¿Será que la persistencia opera una excepción a la Ley de Murphy?. La ecuación era simple: Lo que mal empieza, acaba hasta que lo ordena una charlatana que tintinea con suma habilidad sus esferas *ben-wa*. Por otro lado, nada de lo que pudiera barrer debajo de la alfombra era de concluir. Así que trabajé durante cuatro horas la revisión del material mal grabado. La primera cinta del paquete numerado de grabaciones guardaba registros, aunque al parecer el resto de las cintas eran vírgenes. Y entonces comprobé la metáfora de las frutas de cera. Sentí como si hubiera ascendido a un plano astral con hostigamiento, contaminación, que renuncié a hacer comparaciones. ¿Sería que estaban cifradas? Probablemente no había conexión con ningún suceso y, a pesar de todo, por ello me sentía como si hubiera invadido un vergonzoso secreto. Era la noche de los audífonos puestos con diferentes gritos: una pareja peleando, su larga discusión perforada por motores y un miserable grillo berbiquí en primer plano. A las dos de la mañana, decidí dejar borrado todo eso. Susurré en el micrófono mi advertencia y coloqué de vuelta el manojito de carretes con

tal fuerza en la caja, que nuevamente se desfondó. Ni me lo digan: si es sabido que los ángeles vuelan es porque se toman a la ligera.

Por tercera ocasión me hallé pagando una visita al apartamento de mi empleadora y ella echó a reír de comezón consecutiva. Inmediatamente reaccionó como todos aquellos que al oír su nombre voltean. Esto es lo que sucedió: la emoción de su carcajada me afectó, podía imaginar mi rubor en el rostro. Asesté más de una vez la grabadora contra su estómago.

-¿Qué le pasa?...¡Yo no le veo la gracia!

-No lo puedes resistir, ¿verdad? –ríe y al mismo tiempo me toma firme de las muñecas- Te mueres de curiosidad. Yo supongo que es lo mínimo que podía esperar de una muchacha inteligente como tú, sin embargo has hecho un buen trabajo.

-No la entiendo.

-Eso no importa, pero no me estoy burlando de ti. Al contrario, te necesito...

-¿Tendrá una misión suicida para mí...verdad?

-Piensa. ¿OK? Únicamente te di una historia, una historia entre un montón de posibles historias, un relato que te entretuviera y te obligara a regresar para mantenerme viva. Tú sabes, las mil y una noches...

La miro de arriba a abajo.

-¿Eso es todo lo que tiene que decirme?

Entonces nos interrumpe el repentino timbrar del teléfono. Ella se sentó, nerviosa, en el borde de la mesa. Descolgó la bocina y pudo gozar el panorama de su color favorito mientras hablaba.

Yo fijé la vista en la silla que había entre ambas, agotada repetí:

-¡Mea tulpa!...

Definitivamente, la realidad es el recreo de los locos. Tiene substancia para aquellos que la usan. El cuerdo teme a su realidad y tira de ella a fuerza de un mantel arreglado bajo las pequeñas mentes. Los locos la barajan, la reparten y doblan la apuesta. Nomás por hacer una travesura, hasta la desperdician.

La idea de tiempo perdido quiebra la cápsula de cianuro oculta en mi boca.

La licenciada [REDACTED], ya tranquilizada, canturrea con alguien que no se identifica al otro lado de la línea. La silla de mi atención incorpora la faena de un montón de secos palos que discurren un retoño y todo se rompe entre cuatro enredaderas dando las gracias. Irreal celebración que me impide dejarle el bulto en el asiento.

Debo gritar.

Salgo a la calle en caída libre.

En realidad, todo es producto de la jaqueca. Despierto y doy cuenta del envuelto con papel estraza en mis manos. En ese instante, opto por cancelar mi tercera cita sin ni siquiera avisar. Por una coincidencia que se cierra en el principio, el Presidente de la República y su comitiva salen de la Suburban blindada con caminata abierta para todos. Ahora el funcionario me ve formada a otros peatones y por lo tanto no le salgo al paso. Viene hoy.

Por acto reflejo, las miradas detestan la caja ordinaria en mi regazo. Y así es que descubro el contenido, [REDACTED]

[REDACTED] seguridad. Por mero nerviosismo, [REDACTED]

[REDACTED]

[REDACTED]

-He ganado un día... – comenta el primer mandatario y pasa de largo, en tanto el auxiliar del auxiliar del auxiliar del auxiliar del Estado Mayor me arrebató el atado, porque da miedo mancharlo de huellas digitales.

Mi recuerdo de [REDACTED] muy vívido. El temor de [REDACTED] me hace callar y entonces corrí a alejarme de mi vergüenza, como si ella pudiera ponerse de pie y perseguirme.

Lo siento, tampoco creo que éste sea el fin de la historia. *Mea culpa.* [REDACTED] debe conservar mi número telefónico y, después de todo, no hay nada que le impida [REDACTED]. Esperé por meses, pero jamás volví a tener noticias tuyas. Cuando el teléfono suena, siempre es un número equivocado.

PALO MAYOMBE

Cuando esa mañana la camioneta de Manuel Salinas no arrancó, éste llamó al mecánico.

-Su coche no tiene nada...- dijo el dueño del taller - está bien de la batería, su marcha, la presión del aceite. No sé, sólo que le hayan hecho brujería...

Manuel y el mecánico se soltaron a carcajadas.

-¡Ha de ser culpa de Ursulita Ramos. Ella es lo más parecido que tengo a un *aquelarre* en este vecindario!

Ambos vuelven a reír con la idea de poner a las brujas de moda otra vez.

Ciertamente Manuel tenía razones de peso para acusar a la maestra Ursulita. Tan solo una semana antes, con ese mismo carro arrolló accidentalmente al gato de colecciones de porcelana que vivía con ella.

-¡Qué pena, maestra!....Mire, un compañero de trabajo tuvo crías y le voy a reponer su gatito.

Sus ojos se inundaron con odio de aceite hirviendo para bañar cuerpos y exclamó:

-Te vas a arrepentir de esto, Manuel Salinas.

Cayendo y tocando, Manuel cumplió su promesa de enviar un gato de repuesto y ya no quiso saber nada más.

Tras el largo rodeo para no encontrarse de nuevo, la camioneta no quiso arrancar la mañana siguiente y las siete posteriores. Luego se intensificaron algunas humedades melancólicas en las paredes de la casa y para colmo de males, su mujer y sus hijos agarraron *sabañones*.

-Es solo una racha de mala suerte -comentaba Manuel.

Pero su suegro sí que no gustaba creer en coincidencias. Trae a casa sus maracas y aprovechando la ocasión de una visita de domingo, le confió a Manuel su remedio para ponerle un alto a los *súcubos* que estuvieran causando problemas al buen apellido.

-Primero te buscas un almendro... -dijo -y ya que le pintaste al tronco su silueta por la silueta, le fijas un clavo por la región que corresponde al corazón y todos los días le das un martillazo leve, a fin de hundírsele muy despacio. Si ella es la causante de los problemas, ya se revolcará de dolor.

-¿Y cómo voy a averiguarlo?

-Cuando ya no pueda soportarlo más, ella vendrá a ti de algún modo y te pedirá algo gratis. Si le das lo que pide, entonces ya se chingó la cosa y nada la detendrá una vez roto el poder del clavo. Pero si no le das ni madres, entonces ella se tendrá que dejar de *chingaderas* o el dolor la mandará completamente al carajo.

-Supercherías jarochas -pensó en el fondo de su honor.

Entonces el PRI perdió los comicios para presidente de la república, el Cruz Azul pasó a la liguilla de segunda división y las luciérnagas de la casa incineraron las cortinas y desaparecieron. A pesar de tanta incredulidad, Manuel recitó:

-Me lleva la bruja, me lleva a su casa, me vuelve maceta, me da calabaza...

Con dicha mantra nutriéndolo de letras armadas, luego coge una pluma, clavo y martillo y sale a buscar su almendro por el vecindario. Precisamente tal ejemplar magnífico, junto a la farmacia de la esquina, comienza el campo inexplorado.

-Me siento como un tonto -confesó a su mujer luego.

-Si esto funciona, mejor considérate un asesino...

A la mañana siguiente, un muchacho se acercó a decirle:

-La maestra Ursulita no se siente muy bien, y me manda a decirle si no le regala un cigarrillo...

Manuel Salinas se vio particularmente sorprendido, respiró profundamente y dijo al mensajero:

-Dile que cuanta pena...yo no fumo.

El muchacho marchó y Manuel regresó al almendro para golpear su clavo un poco más profundo.

Al otro día, nuevamente apareció el muchacho con su recado:

-La maestra no parece mejorar...manda a decir si le regala un cigarro, por favor.

-Cuanto lo siento...pero yo no fumo.

Manuel vuelve a levantar la guardia de su desayuno y golpea el clavo otra vez.

El muchacho se presentó por tercera ocasión consecutiva y dijo:

-La maestra Ursulita está realmente mal...me pide, por lo que más quiera, que le regale un cigarro.

-Yo no fumo...

¿Realmente la estaría pasando mal?, pensó.

Los remordimientos salen de debajo de las mesas y se pasean por la calle donde las satánicas contraseñas de la venganza. Manuel compromete el martillo y, para su sorpresa, nota la rara constelación de otras estrellas chocando con fuerza en el corazón caliente de Ursulita, quién se encaminaba a él con pasos dificultosos de otra realidad. Con las sombras marcadas de la tarde, bien lucía como algún aletear negro de cuervos que ronda en tu ventana.

-¡Sí que se ve mal, no vaya yo a matarla y hasta *al bote* termine! -se dijo, musitando.

Nadie sabría como regresarla a su sitio sobre la marca del regreso de la historia, pero Manuel estaba dispuesto a sacar el clavo de un tirón indulgente, cuando la vieja Ursula dejó su brazo alzado con índice acusador por detrás del almendro como si se hubiera esfumado del mismo aire y materializado allí.

-¡Primero mataste a mi gato, luego le negaste un triste cigarro a esta anciana!... - carraspeó y cayó muerta a los pies de Manuel Salinas.

El personal de la farmacia salió a barrer su chisme.

-¡No me sorprende que acabara así! -exclama el boticario, dando el tiro de gracia - ¡Con sus ochenta años ya debía cuidar más de su corazón y no esfumar...!

-Querrá decir fumar...

-No, eso es pura superstición... ¿A poco cree en esas cosas del gobierno?

LA OPTICA DEL PRINCIPE

Los compañeros de aula se llevaban bien entre ellos, excepto por Tomás Tejeda. El problema con Tomás se convertía en una interpretación de codazos, dada su exquisita perfección. O esa apariencia de correcto ante los demás. No obstante algunos tintes de simpatía y tanteos de empatía, nunca había una infracción en sus actos, por lo que cada detalle personal parecía hecho en el lugar indicado y el momento oportuno. Ni siquiera la idea sin cuerpo de un mal de nacimiento le hacía morderse las uñas.

Esa desventaja de entrar al día de los débiles y salir por el otro lado generó resentimiento entre los compañeros. Algunos deseaban trepar con la mirada su secreto y verlo cometer un pequeño error en cualquier cosa, en lo que fuera, pues tal relámpago de perfección hasta llegaba a asustar.

Cierta noche, aquellos más asqueados se pusieron de acuerdo para hacerle una broma pesada. Hicieron recurso de la mano de un cadáver sustraído de las clases de anatomía y la amarraron al *socket* en el área de los vestidores del gimnasio. El plan consistía en que, cuando éste quisiera encender la luz tirando del cordón, iba a estrechar una mano de amistad disecada.

-¡Esto es para caerse muerto entre contracciones! -decía uno de ellos, en actitud de espera, atrás de los gabinetes.

No tomó mucho tiempo de ansiedad y excitación para ver a Tomás encender la bombilla con esa diversión que transforma todo viaje *supernatural* en un lugar ordinario y ni siquiera voltear para arriba.

La broma había funcionado, pero nadie reía.

-Si te crees tan listo... -gritó el líder, saliendo de su escondite -¿por qué no jugamos al espectador insomne, con una verdadera función de medianoche?

-¿Se refieren a *Emmanuel 69* o, mejor, *Las Glotonas del Amor*?

-Ninguna, me refiero al cine Victoria...¿Qué dices? Ese cine fue abandonado después de que en pantalla se presentó la advertencia: “Este es un lugar maldito, huyan de aquí, pero en cámara lenta”, y el proyccionista apareció ahorcado con el rollo tres, al encenderse las luces.

-Mera coincidencia...

-¿Te gustaría ir?

-¿Alguien que quiera hacerme compañía, bola de miedosos?...

Algunos se preguntaban si en el fondo Tomás tendría razón, en cuanto a que vivimos más atemorizados con nuestros infiernos del error que los aposentos del terror. Una parte del grupo decidió seguirle a distancia hasta la cortina de fierro cerrando el inmueble, densa y antigua. ¿Para quién estamos haciendo todo esto? La pandilla brinca de susto al primer golpe que cercena el candado. Mentira que la seda vincula una tela de araña arrinconada cuando aquel trasgrede, abanicando el polvo, la resistencia de la obscuridad y se encamina silbando a su interior. ¿Tú no has sentido alguna vez que alguien te sigue? El silbido regresa con doscientos metros de eco. Nadie se quedó a esperar...

Pasado un año, la apuesta se olvidó con la graduación y nadie fue arrestado por la desaparición de Tomás. El inmueble abandonado pasó a manos de unos inversionistas y cuando se reinstaló la fuerza eléctrica para iniciar los trabajos de remodelación, fue que descubrieron al intruso sumido en su butaca, gimiendo y hablando ininteligiblemente cual si se hubiera disparado su mente. Él se obstinaba en señalar a la pantalla en blanco como si

hubiera algo que solo él podía ver. Todo el mundo comentó que el miedo le había hecho perder la razón, pero nadie podría saberlo, dado que Laurel y Hardy cargan la pianola innumerables veces en innumerables muertes y la explosión de risas lleva el corazón de tumbo en tumbo hasta la cima. Nadie sabrá la verdad, excepto por Tomás Tejeda, quién jamás volvió a levantarse del asiento central de la séptima fila, con la substancial gama cromática.

OTEOS EN MARE TENEBRIS

La casa estaba henchida de aromas marinos al lado del albatros y los oteos en *Mare Tenebris*. Ella era una construcción alojada en el rumbo del horizonte como si fuera un buque encallando en el coral del amanecer o del ocaso y donde nadie se atrevía a poner un pie desde hacía muchos años. De cuando en cuando un valiente se atrevía señalarla a lo lejos en la playa y decir que estaba embrujada, pero nada más.

Cierta noche, tres pescadores se vieron en la urgencia de tomar refugio en ella durante la tormenta. Con la madera astillada en el interior del inmueble encendieron una hoguera y se acomodaron en el piso como precisando un triángulo de rescate. El humo brinca picado por los minutos y empieza un paseo de puntillas, aunque no se puede decir que pisa la ceniza como los espíritus líquidos, tritones, ni en su garganta salta el anzuelo enemigo. Los pescadores desinflan el aliento y la obscuridad los lleva a menear la cabeza.

Al principio oyen pasos en la planta alta. Parecía como si hubieran varias personas encerradas en el aire. Cuando uno de los pescadores preguntó: “¿Quién anda arriba?”, las pisadas cesaron. Inmediatamente se escuchó la congoja de una mujer joven. El grito fue ahogado por un estertor de bestia y se desvaneció en silencio. La casa arremolina un inepto perfume de muerte y la bocanada tonante entra por los vidrios rotos. Una puerta se azotó en la planta alta y otro muchacho definitivamente excitado gritó: “¡A mí no!”. Los golpes fofos de un lado a otro hacían pensar que era perseguido por algo descompasado, articulando por momentos una sinfonía espesa de sombra y escombros y vuelta a ser sólo el papel tapiz, las cortinas mustias y el techo gris al siguiente instante. Nuevamente el gruñido estremeció el aire y todo el cielo raso se cimbró con un golpe finalmente ingerido por la madera. Los pescadores pararon las orejas por más ruidos fantasmales, pero no hubo

ninguno inmediato hasta que ese algo lanzó su grito desarticulado. Toda la casa da un vuelco junto al tropel de las olas. Los pescadores se tapaban los oídos, pensando que se volverían locos. Cuando finalmente pasó de largo el eco, los pescadores escucharon el caminar sin aseo bajando por las escaleras y arrastrando dos pesos distintos a cada escalón. Un relámpago ilumina la casa con violento resplandor azulado y el único ojo de Polifemo queda al descubierto hasta que el mar lo sorbe con dulzura de molusco. Fin del suspenso. Pleamar de neuronas. Ensayas tu testimonio, veinte, treinta palabras, semejante al ahogado que quiere salvarse hundiéndose al salvavidas, pataleando enloquecido, luchando por vivir, hasta yacer jadeante bocarriba sobre el océano. Aunque el cíclope es atrapado y devuelto a la caverna de donde escapó ante la rara impunidad del mundo, los tres supervivientes juran no contar con la lengua lúcida porque dicen conocer el sabor particular de la sal marina. Estos tres peces de otras asfixias, ya llegan a la sala de urgencias sacudiéndose la aguja hipodérmica pues algo en esa verdad no puede ser verídico. Sobrante el otro ojo de Polifemo, la habitación del hospital les brinda una ventana, o el último vínculo que pudiera quedarles para con el mundo real. Por algún sorteo administrativo, el paciente desahuciado entre el trío de los sobrevivientes, con la postrera fuerza con el cuello para quedar vigilando la ventana abierta, estaba en esa cama privilegiada. Cuando finalmente cesó su agonía, el compañero próximo a su lecho tomó dicho lugar. No obstante la remota posibilidad de convalecencia, éste se dedicó a disfrutar sus frágiles días describiendo en voz alta toda la vista panorámica mirada desde la cama: muchachas bonitas, el tráfico de vehículos grandes y chicos, las formas fantásticas de las nubes, los anuncios luminosos, etcétera...cualquier cosa que le ayudara a olvidar su mala experiencia. El contuso afortunado que conversa sin ser despertado, cuyas heridas no fueron tan graves de vendar, se deleitaba escuchando a su amigo, pero cuanto más le oía hablar de tales placeres visuales, menos podía poner una

sonrisa en pie y concluyó que la única medicina de resultados consistía en ver las cosas por sí mismo. La mera posibilidad de lograrlo era consumándose la fase terminal de su vecino, por lo que comprometió la vida del doliente y la vida de sus descendientes hasta la cuarta generación en cierto atentado moral, orando y ayunando, para que la gran bocina con la *poiesis formae*, al lado suyo, dejara de vivir. A la mañana siguiente, cuando las enfermeras llegaron, aquel vio totalmente cumplido su deseo como cicatriza una herida. El finado no podría más quitarle, como insulta un rey a otro rey, el asombro de las cosas que tanto hubo descrito en vida, pues ahora era oportunidad suya para continuar la convalecencia. Más, cuando fue trasladado a la cama deseada, cuánto pudo ver a través de la ventana fue una tapia blanca entre sus manos vacías.

PERROS DESQUICIADOS

Cierta tropa de niños exploradores acampó en las inmediaciones de un cementerio y en la primera noche de fogata surgió tal reto inusual, entre este primer scout y el guía de patrulla.

-Los que fallecen y no son cremados -argumentaba el scout al grupo –quedan vulnerables cuando los vampiros vienen con la luna y defecan sobre algunas sepulturas, lo que resulta que la infección de su sangre maldita penetra hasta el subsuelo donde yacen esos desgraciados...

-¡Patrañas! -interrumpe el guía.

-¡Y ni siquiera intenten pararse encima de una tumba de éstas, porque unas manos pueden surgir de entre el yerbazal y jalarlos allá abajo!

-¡Supersticiones! –el entrometido acaba desmintiéndolo por completo.

El scout contrariado se aparta del grupo y regresa. En un escupitajo entrega su reto:

-¡Pues te apuesto que no serías capaz de intentarlo!

La fogata toda se revuelve en enorme rescoldo de nervios. El diálogo mudo de miradas que se cruzan, ya voltean y se detienen en el atuendo de insignias y correas. El guía se sabe afianzado al concepto de líder aunque se abra el fondo de la tierra. Acepta el desafío.

El grupo escoge una lápida y se la señalan. El guía se encamina hacia ella, portando acetrino el banderín de patrulla, pero aunque lo estás viendo, no eres capaz de abrir los ojos y cerciorarte que el muchacho ronda el montículo dos veces y clava el bordón como queriendo elevar el blasón de su casa de campaña o queriendo atravesar el vientre recogido con las dos manos del demonio que no le perdonará tal afrenta. El guía se incorpora para que la tropa le vea, pero no puede levantarse...¡algo le sujeta de la camisola!. El grito en el

segundo intento por separarse se absorbe lento como un carbón que aviva el terror al mezclarse con el aire de sus pulmones. Los acampantes con rango menor escuchan el llanto lejano:

-¡Me ha atrapado! ¡Auxilio, me ha atrapado!

Pasos en silencio, titubeo y prurito al momento de extender la mano y tocar el cuerpo inerte que cubre ahora la tierra apisonada de miedo, marcando la imprudente danza del héroe. Sin que lo hubiera advertido, ese muchacho había enredado su cordón de mando en la punta del bordón y ambos objetos únicamente sujetaron con crueldad a su mente afiebrada. El guía murió de un pánico elevándose infinitamente en una noche sin estrellas.

LA SANTERA ROSA

Cierta muchacha con dotes de clarividencia, abordaba su Volkswagen sedán donde ellos fundaron el estacionamiento palmo a palmo hasta saber de qué medios de transporte estamos hechos. La chica había acudido a “*Plaza Américas*” con el fin de encontrar baratas al encuentro con la mano y la percepción del tiempo transcurrido entre compra y compra le había abrochado mal aquel *sweater* y ahora tenía que emprender el regreso a casa muy noche.

La vuelta prohibida la obliga a mirar pasar la estampida de los autos y esperar. La joven enciende los faros y levanta la aguja del velocímetro. Un trailer enciende las luces largas en su espejo retrovisor instantáneamente.

-Me temo que vamos en la misma dirección, amigo -murmura sarcásticamente.

El trailer consigue rebasarla y la joven observa de reojo como el conductor le apunta con una escopeta. Instintivamente pisa el acelerador. El trailer aumenta su velocidad. Ella se percata que el camión se aproxima con voracidad. Acelera nuevamente. El trailer persevera las ruedas del misterio hacia atrás y adelante y nunca cesa de parpadear sus luces hasta alcanzar a raspar la milimétrica capa de cromo en su defensa. La ringlera de pintura asfáltica se torna una vía sinuosa de los tiempos quirománticos para la muchacha. Se estremece con las manos muy firmes sobre el volante. La espiga del velocímetro avanza como el cuento sin significado del lunático. Pasan los minutos y se escribe un largo nombre en su mente con un trozo de vidrio imaginario. De pronto, un retén policiaco se distingue al final del boulevard.

-¡Me quiere matar! ¡Trae una escopeta! -grita a la patrulla, bajando la ventanilla.

En operativo sumario, el chofer es arrestado...pero él se obstina en señalar con el dedo hacia al auto de la muchacha.

-¡No es a mí a quien deben detener...sino a él! ¡A él! -gritaba.

Un ruido de navajas emerge del asiento trasero del Volkswagen. El asesino invisible era descubierto bajo la falda alzada por el aire de la verdad.

LOS PATOS, LAGUNA MENTAL

La temporada de cacería obliga a Enrique Santillan a levantarse muy temprano. El tipo se halla conduciendo en la carretera con la potencia del motor curvándose hacia las colinas del oído donde lo encuentra el amanecer y gana el paso una manada de nubes. El sol del gran tamaño en la hora de la mañana le hace entrar en grata somnolencia. El conductor es cauteloso y decide hacer una parada en la caseta de cobro a la vista. Enrique se estaciona de frente al robusto encino desdoblándose en la cuneta para disfrutar su sombra. Una siesta de quince minutos basta para rejuvenecer sus fuerzas. Más, al momento que cierra los ojos, el sueño que se esconde con el vencimiento de la distancia lo hace palpase y reaparecer manejando y ganando tiempo, pero vacila y, en los segundos de inmediato horror, él repara que sus ojos están cerrados y los abre, solo para mirar de lleno el tronco del árbol. En un acto reflejo, se aferra al volante y pisa el freno hasta el fondo, no sin evitar lanzar un angustioso alarido que avergonzaría a cualquier soprano de ópera wagneriana. Tras el instante de cara inservible, se da cuenta de la broma que le ha jugado el subconsciente y del espanto pasa a la risa incontrolable. Esta demostración de desquicio no es del agrado de la familia en el interior de la van estacionada al lado, que en su fase saturniana lo miran con reprobación mientras Enrique Santillan enciende su carro y reanuda su viaje. La niña en la parte trasera del asiento pregunta.

-¿De qué se ríe ese señor, mami?

La mamá, para distraer la atención del sudor de la mañana, señala al otro extremo de la ventanilla.

-Mira, mira...un canguro

El hermano mayor sentado al lado de la niña corrige

-No, mamá, no estamos en Australia. Ese no es un canguro. Es un venado y está haciendo caca.

MOUNSTRIG, SU SANADUENDE Y SS.

Mounstrig, alquimista y doctor en ciencias ocultas, versado en piedras preciosas y manantiales ocultos debido a sus grandes dotes de zahorí. Responsable de la salud de todos los enanos y gnomos. Tremendo herbolario y cirujano oficial en la corte de Rumpelstiltskin, el más hipocondríaco de los duendes. Mounstrig recientemente sufrió una muy desagradable experiencia. Bumaro, jefe de los *trolls*, y Gumaro, guardián de las puertas de la tierra, manifestaron una extraña urticaria en cuello y manos. Mounstrig fue llamado al diagnóstico. Estudió el problema y aplicó los tradicionales encantamientos y les dio a beber una pócima de patas de culebra y siete ojos de la tempestad. Sólo para estar seguro, a Bumaro le aplicó una inyección de penicilina. Pero, ¿cómo iba a adivinar que el rey de los *trolls* era alérgico a tal medicamento? Una tóxica reacción peor a la de las abejas de oro clavando sus agujoncitos arriba y abajo en la piel le desfiguró la cara. A Gumaro tampoco le fue mejor con la pócima. No llegó a contarlo. Sin implicar volición, las puertas quedaron descuidadas y abiertas de par en par y una corriente de aire provoca la primera helada en el infierno. A partir de ese momento, millones de tontas promesas, titubeantes retos, rabiosas vanaglorias y contratos firmados por Satanás que incluyen la cláusula “Hasta que el infierno se congele”, se hicieron realidad. Mounstrig fue castigado a oler el vómito de bebés con el estómago participante en el banquete del pezón por una eternidad, mientras alguna flotilla de motolanchas de competencia provocan olas alrededor suyo. El Seguro Social no es el único lugar demandado por mala práctica médica.

LUCIDARIO DE BLOCK

El block de hojas cuadriculadas contiene tres definiciones escritas en clase. La primera corresponde a la tabla de multiplicar. Lucy hace un garabato. La segunda corresponde a la tabla de azote, poco gruesa y más larga que ancha. Lucy pliega la lección forrada bajo los tablones de su vestido. La tercera definición es poco probable. Lucy levanta la mano para dar la respuesta al origen del ahuehuete. Todo parece indicar que el árbol de donde la serpiente bajó junto a los seres de carne, era el ahuehuete. Dios fue envenenado por extraña mordedura en el pie. El árbol en el aserradero que hizo saltar la primera astilla de la cruz, fue el ahuehuete. Jesús no resucitó, traficaron sus órganos. El arca fue construida a escala cubital de los troncos del ahuehuete. Ningún satélite actual llegará a encontrar restos de la nave en la cima del monte Ararat, pues se hundió por sobrepeso. Por alguna razón los palillos en los restaurantes chinos deben ser evitados a toda costa. Lucy indaga en su block la tarea al revés, pues el ahuehuete parece confundible con el legendario Yggdrasil. El fresno y sus tres raíces extendiéndose hasta el territorio de los gigantes y dentro de Niflheim, la tierra de los muertos, crece en Medellín. La leyenda cuenta que cuando el árbol cae, el universo cae con él. Lucy observa la semilla abrirse dentro del frasco con un algodón humedecido. Recuperar la imaginación no es algo que suceda cada día, por más que lo proclamen los pedagogos. El miércoles entrante, el Gobierno Federal confiscará este predio rural por utilidad pública y para llevar a cabo el trazo de la nueva carretera. No por esto, el block de hojas es de papel reciclado.

PRUEBA DE RORSCHACH

Ignacio García nos propone mirar una pintura abstracta que es como ese test de Rorschach. La recuperación de la memoria visual nos hace creer en caras y lugares como se elimina el humor de la observación de las nubes. Si nada existe en el sentido del reloj, excepto en la mente, no tan sólo podemos imaginar lo que queramos, sino que el reto debe ser impecable. El artista es el único capaz de encontrar interesantes formas a partir de una mancha maligna junto a una de sus tetillas.

1. CERO GRADOS

El invierno guarda un secreto. Maakhir no se lo ha contado a nadie. Ni a sus padres ni a sus maestros ni a sus amigos. El tesoro más grande de la Tierra, pues el sigilo artero impide que sea un juguete. Este secreto se refiere a la nieve. Nadie lo imagina, pero Maakhir mira su piel y revela el negativo dentro de su mente. El ampo es el color blanco resplandeciente, se dice preferentemente del blanco de la nieve. Maakhir olvida la comparación con las cenizas, como arranca páginas de una libreta a que venga la primera nevada. La espera en un viento frío, seguro de un baile de pisadas que se hunde en metros, a pesar que todos los días se asoma a las calles de Mogadiscio y estas lucen tan áridas como siempre. Maakhir oye su nombre. Los adultos lo miran soñando despierto, cuando en realidad se halla mirando los remolinos de la ventisca de copos. Los adultos no entienden lo que sucede, pues ¿Cómo es posible explicar una nevada a los pobladores de una ciudad localizada muy cerca del ecuador terrestre? Mogadiscio es la capital de Somalia y se ubica en la costa del Océano Índico. El mar apenas modera las altas temperaturas, que resultan con veranos muy

calientes. Maakhir oye su nombre y el cuerpo tiembla antes de salir de su letargo. El Doctor trae el lazo negro de los tambores para examinarlo, pues sus ataques catatónicos son más frecuentes. Ante la curiosidad de sus padres, el médico hace movimientos con el cuerpo del paciente y quedan en una posición. Maakhir halla irritante la flexibilidad de cera. El episodio no es un sueño, es real: la nieve arde haciéndose la cera. Y mientras acepta dos miligramos de *lorazepam* vía intramuscular, el invierno, su discreta voz, le susurra al oído: *“Pronto, Maakhir, muy pronto. Ten paciencia. Yo te contaré algo nuevo en el momento que estemos a solas. Algo de autoconfesión y regreso al útero materno en la siesta de los orígenes. No reveles nuestro secreto”*. Maakhir obedece. No obstante, la nieve se derritió por el aire, en la espalda del gran Livingston supongo. Definitivamente, el hijo creció, ayudó al padre. Aprendió su industria, pero los de arriba inventaron nuevos clientes durante la segunda batalla de Mogadiscio. Sí, aquel día no hubo pan ni medicinas en casa, sino el negocio del espejismo. Nadie le da importancia, pero el vendedor de estalactitas se despoja de su atuendo, vertiendo lágrimas en cristales de hielo hasta volverse formas geométricas y agrupadas en copos. Los adopta con sus características fractales entre la gritería de esos hacinamientos humanos. Maakhir teme no encontrarlos en su frazada. A salvo en su cuartucho, levanta sus brazos para recibir la precipitación de nieve. La nieve cae, cubriendo los pocos muebles del lugar cerrado. De pronto, la puerta se abre y la helada desaparece. El padre irrumpe para averiguar el origen de los pasos cotidianos. Allí, el muchacho es una armazón de huesos, pero no tan débil para expulsar al intruso: *“¡Abunda tumba!”*. Y con este esfuerzo final, el problema es resuelto. Las primeras nieves comienzan en la obscuridad y terminan en la obscuridad. *“Es hora”*, platica el invierno, *“Ha llegado el momento que te contemos la más confidencial y bella historia. Tengo un buen final, sólo nos falta un principio que no sea el ritual de manecillas delirantes. Querido Maakhir, no*

hay por qué analizar este fenómeno del morir. No es bueno ni malo. Nuestra historia disipa estos temores. En palabras de la primavera, se trata de una avalancha de almas que arrastra a la eternidad, si quieres reencarnar en otro cuerpo. ¿La escuchas? Ahora te vamos a cerrar los ojos y comenzar el ciclo de nuevo”. Así dicho, la obscuridad cubre a Maakhir, en tanto que una brisa glacial, que vendrá de mar fuera, pellizca tenazmente su postrero aliento y las dos orejas en la cima de la almohada para aguardar congeladas.

2. 90 GRADOS

Repulsiva mancha en el mapa geodésico, los ejércitos del *Tercer Reich* han invadido Polonia y Checoslovaquia y ahora se enfilan hacia la región creciente de los Cárpatos. En la curdela del invierno, el *Oberführer* al frente de la división SS-Gruppen, Helmut Von Mark, ordena capturar y asegurar un castillo, cuyos reportes de espionaje lo señalan como el cuartel partisano dentro de una sólida resistencia secreta. Más, antes de que hagan su entrada a la fuerza a la barbacana, un bien articulado dignatario les da la bienvenida. El oficial alemán, sospechoso de una trampa, insiste en tratar a su anfitrión y sus sirvientes como otros prisioneros de guerra. No obstante, un banquete es servido en su honor y de los oficiales de alto rango a su mando. Confidente, el amo del lugar toma su propio asiento a la mesa para disipar cualquier sospecha de envenenamiento. Afuera, el desfile de la bandera esvástica se vuelve niebla y los soldados, fantasmas en una fuente espesada por luz dura de fuego fatuo, acampan dentro de los terrenos comarcales y los vasallos se encargan de satisfacer sus necesidades. En la mejor tradición feudal, el castillo encaramado sobre lo alto es la representación del poder y la fuerza. En principio, el anfitrión ilustra a sus invitados sobre la melodía simple de los lobos aullando en la luna llena, cuya seriedad gastada se

convierte en amuleto, entonces pasa el único documento falso a otra mano tan pronto el ancestral título de Conde se verifica en sus generosidades. Helmut Von Mark acecha las copas llenas con pupilas de culebra, acusándolo de dirigir una fuerza disidente. El Conde niega estas acusaciones, calificándolas de infundadas. Durante la impulsión de sonrisa a risa, a carcajada colectiva, tiene la mirada puesta en el reloj. Cinco minutos para la medianoche. El aullido de los lobos en la distancia es más persistente y el aire se constituye en el gran rostro satánico besando la tierra, iluminándola como un vitral reparte las llamas del soplete oxhídrico. El General percibe una sensación de peligro que no logra explicar del todo al *Oberstrumführer*, Kranz Lederer, cuando éste busca completar la orden de ataque, pero es tirado al piso por una sombra probatoria que sale detrás de las cortinas. Helmut Von Mark desenfunda la *Luger* y dispara contra el erizado hombre lobo devorando a su suboficial, amputado y desfigurado. Otros gritos desgarradores proceden por rápidas inundaciones del exterior.

-Las balas son inútiles, inocuas para nuestras costumbres primitivas –el mal encara al mal, con hostil voz incisiva en el aliento de la criatura derivada –Si fueran de plata, definitivamente quedaría establecida la superioridad de la llamada raza aria.

-Los gitanos nunca sacan la suerte al gitano. Mírate en el espejo.

-Si le sirve de consuelo, *Herr Führer*, el demonio de la subversión no está en ninguna parte, pero en Transilvania, los Bathory nos alegramos por esta pureza de sangre que corre en sus venas.

La Inteligencia Nazi anticipaba que esta misión terminaría en dolor de cuello, pero no así.

3. 180 GRADOS

Feliciano Ramírez, un comediante de chistes adelantados en el olvido, trabaja con ahínco su desafortunado número de *Cantinflas* ante un escaso público buscando por lugares marginales, incluyendo la muerte clínica. El mejor aplauso es el acto reflejo que sigue al airado redoble del baterista y el lánguido compás del saxofón, pero el intérprete en vivo es despedido por el dueño del club nocturno y abandonado por su agente artístico, repitiendo la rutina del ladrón autodidacta cuya gracia es sólo de tontos. Sin embargo, la mafia dice que la venganza se ofrece en las esquinas, luego Feliciano conoce a Puttaparti, un gurú que bebe agua mineral contra los humos del cigarro e igualmente padece otra desventura por su cuenta. Si el tipo falla en completar un milagro para antes de la medianoche, entonces se verá deshonorado ante los ojos de su *Ashram* y perderá sus poderes. El arruinado cómico juega a las cartas sin sentido y solicita al místico hindú que ejecute un milagro en su persona y le otorgue el don de hacer reír a la gente. El atribulado operador de sortilegios hace la advertencia que sus trabajos en el pasado no concluyeron de forma graciosa como fueron planeados, pero Feliciano está dispuesto a correr el riesgo. Entonces, Puttaparti pone las manos un instante en su turbante e informa que está hecho.

-¿Echo dónde, Swami? –pregunta el actor, escéptico.

El cantinero que alcanza a oír el comentario impuro sin una letra, no puede evitar estallar en una carcajada y contagiar su risa histérica al resto de los parroquianos. Feliciano descubre con placer que su deseo se ha cumplido, que su boca conjuga ese verbo que conjura el humor donde menos se les espera, provocando en los asistentes la risa incontrolable al referirles su pronta historia de incesto y parricidio. Todos ríen, excepto Puttaparti que mira desanimado su agua purificante igual que un baño.

-Lo lograste, mi rupia de la suerte –voltea al viajero.

-Me temo que si, Yefendi

Feliciano despunta en un nuevo *plateau*. Ahora su nombre con letras luminosas sirve de orientación en los grandes casinos de Las Vegas y el Caribe. Llenos se mantienen sus bolsillos, pero Feliciano se aburre dentro de la celda del éxito, asfixiado con risas. El público se desternilla prácticamente ante cualquier cosa que habla. Más, al cultivo de lo que los teólogos llaman *appetitus inordinatus propriae excellentiae*, la desordenada pasión por la excelencia propia, ahora desea ser tomado en serio, mostrarle su cara sensible. Cumpliendo su deseo, la Compañía del maestro Juan José Gurrola le brinda una oportunidad para estelarizar el drama adaptado “Edipo Alcalde”, pero la audición para ocupar el papel resulta en un desmayo. El productor de la obra, el director y su director de casting ríen hasta mojarse los pantalones cada vez que Feliciano lee sus líneas. El miserable comediante es sacado por mareas de carcajadas del teatro. Coincidentemente, en la calle se topa con Puttaparti. Renegando el anterior favor, Feliciano toma por las solapas al faquir y lo aproxima contra su rostro, amenazando con golpearlo si no le cumple un segundo deseo. Ahora quiere conmover a la gente, hacerlos llorar al referirles su verdad. Entonces, Puttaparti pone las manos un instante en su turbante e informa que está hecho. Feliciano busca a su alrededor donde probar sus poderes y localiza a la vendedora de flores al otro lado de la calle. La salutación es inconsciente, está en la rosa. “¡Señora!”, el gran grito mide la distancia. Sin embargo, Feliciano es atropellado por un taxista y su premio es la muerte al instante. La multitud se arremolina sobre el cuerpo sin vida y la vendedora llora inconsolable, sin poder desprender estas espinas del alma.

-Dios mío, yo atendí su llamado momentos antes.

Y la rosa desprende un dulce aroma a tristeza, también.

4. 360 GRADOS

El test es un método proyectivo de diagnóstico. El juego del soñador despierto, éste consiste en una serie de láminas blancas que presentan vagos bocetos de tinta, los cuales guardan formas sugerentes. El psicólogo pide al encuestado que dé sentido a las manchas. El ejercicio trata de evaluar la personalidad en las respuestas. Sin embargo, Jacques Bergier, a sus diez años, puede predecir el futuro. Su abuelo lo lleva a la estación de televisión Normandie TV7 para demostrar su pericia a la conductora del programa de variedades “*¡C’est Magnifique!*”, Melissa Theriau, loca de tanto ignorar el guión donde brota una larga fila de participantes con distintas habilidades. Por ejemplo, un marinero es capaz de hacer un nudo mariposa y masticarlo a convertirlo *papillón*, pero la mujer no puede disimular su escepticismo durante el primer vaticinio al aire, aunque el abuelo insiste que el margen de error es nulo. El programa es interrumpido por un flash informativo: un terremoto en Perú ha ocurrido, provocando cuatro mil muertos como el pequeño Jacques lo anticipó. Las imágenes frondosas se duplican para formar una colección de visiones y anuncios reverberantes de datos que se van sucediendo los días siguientes, luego Melissa Theriau convence a los productores de firmar un contrato con el niño profeta. Por otro lado, el señor del noticiero encuentra un poco menos duradero el don que logra anticipar desastres ferroviarios, resultados de elecciones, hallazgos científicos y demás augurios que mantienen interesado al auditorio del horario estelar al cabo de seis meses. Durante una entrevista, la doctora Amelie St. Clair le concede la carencia de rigor científico a la novedad y sugiere que el acto voluntario de cambiar el destino puede resultar en un evento traumático para un niño de diez años, que puede alentar un riesgo de suicidio. A modo de réplica, el abuelo Gerard afirma que él y su nieto son devotos católicos y no está en ellos el

impedir una catástrofe o gobernar la buenaventura. En todo caso, la bendición halla una limitación: el niño no puede presagiar nada a ocurrir más allá de dos días. Mientras tanto, el pequeño Jaques está presente aquí en la Tierra, intercambiando una hora y un lugar semejantes al horóscopo. Repentinamente, cambia su semblante y sin mayor explicación le dice a su abuelo y a Melissa que no hará el programa. La conductora, con la presión del horario encima, le responde que su conducta no es admisible, que una cosa es ser *l'enfant terrible* y otra, un niño malcriado. El pequeño Jacques medita un momento con la mirada baja y resuelve continuar, pero anuncia que la predicción que dará esa mañana será distinta a todas las que ha hecho sobre aquellas cartulinas con manchas. Tras el corte comercial, Jacques comunica a su ansioso auditorio que la nueva era está por comenzar, que será un renacimiento entre los hombres basado en el conocimiento, en la paz y en la prosperidad. A partir de mañana, todas las fronteras serán abolidas y será el fin de la guerra, la pobreza, las enfermedades, la hambruna, la contaminación y las quejas en un coro de sonos alados desde los primeros padres de los padres de nuestros padres, a partir de mañana y para siempre. Los ojos de Melissa Theriau y el resto del personal en el estudio se humedecen ante el pronóstico, pero las calles de Rio de Janeiro y de Capetown hasta Moscú están de fiesta. Sin embargo, la doctora Amelie St. Clair conserva su recelo. Algo da vueltas en su cabeza, entonces conduce hasta el Hotel que hospeda a los Bergier, para hacerles la siguiente pregunta:

-Dígame, Monsieur Gerard, si este don no permite presagiar nada a ocurrir más allá de dos días ¿Cómo puede su nieto regalarnos un futuro tan edénico?

-Dile

-Yo no sabía de qué otra forma decirlo

-¿Decir qué?

Jacques señala hacia el sol, en el mediodía fuera de su ventana

-Eso. Mañana el sol será distinto. El sol se pondrá más caliente y explotará

-Nova –susurra el abuelo

A ocho minutos luz de probarse la verdad, el futuro hiere cual viento en el triste atardecer de las manchas solares.

PAVANA POUR UNE INFANTE DEFUNTE

Cumplí los 9 el día once. Papá murió desde el primero, el tatarabuelo ayer y Jesucristo en el noticiero de las diez. “Tú eres el próximo”, sentenció mamá, mirando la báscula marcar ochenta. Ella me facilita un paquete con hojas de afeitar y un revólver de cañón antiguo.

“Te sugiero que elijas el revólver” –me susurró al oído- “pero sea cual fuere tu opción, hazme un favor y repta hasta lo más profundo de una bolsa de plástico antes que nada”.

Luego cerró tras de sí la cajuela del taxi 33.

En la oscuridad de la llantera, operé a tientas los afectos del celular para llamar a un amigo.

“No se encuentra en este instante” -respondió la grabadora.

Marqué otra vez en compás de cuatro por cuatro.

“¿Qué no le acabo de informar que no está? Por favor deje su mensaje al oír la señal...”

(Beeep)

“¡Estoy desesperado!” – dije. “... ¡Y tengo una pistola!”

“No se encuentra en este instante, instante, instante, instan...” -repitió y colgó.

Golpeé la lámina para advertirle al chofer mi parada. Con toda la inercia del vehículo frenando de golpe, él abrió la cajuela y me aventó una sabana. “¿Asustado?” -me preguntó, al tiempo que me arrebató el teléfono celular y un zapato.

“Tengo sed” –digo.

“Bueno, ahí tienes un poco de agua del radiador y...”

“No quiero agua. Yo quiero...”

“Yo quiero, yo quiero, yo quiero...¡Tú siempre quieres!. ¿Por qué no te matas de una vez y nos dejas a todos en paz?”

Entonces volvió a cerrar la cajuela tras de mí.

Llamo a mi hermana utilizando la regresión hipnótica.

“Fue un momentito al baño” -me informó su compañera de cuarto.

“¡Es que es muy importante!”

“Yo le dejo tu recado en el refrigerador”

“No, la espero”

Esperé por diez minutos.

“¡Que chingaos quieres!” -mi hermana recriminó. “¿No te he dicho un millón de veces que generalmente tengo exámenes los jueves?. ¡Llamas entre semana cuando bien sabes que tengo el ludibrio de los reactivos al sábado inclusive, hermanito!”

“Necesito hablarte”

“¿Sabe mi mamá que me estás hablando? ¡Vaya desperdicio de desobediencia! ¡Es ridículo...y yo debería estar estudiando!”

“Me pienso inmolar”

“¡No puedo creer esto! ¡Como si ya no hubiesen demasiadas muertes en este mes! ¡Al menos déjanos una verdad cumplida!”

“Hermana, me quiero rendir con esta llave de cruz”

“¡Demasiado metafísico para mí! ¡Adiós!”. Y se desconectó.

Hice a un lado mis ropas dentro de tal féretro del jainismo y con lentos movimientos yogas fui suplantando la figura en la herramienta de la svástica por debajo mío. Es necesario también que esta batalla magnífica se cuente en este libro.

“¡Heli lamah zabac tani!”

“¿Hijo?”

“¿Papá?”

“¡Debiste escuchar a tu mamá!” -sentenció la voz. “¡Mira, no me importa mucho si te obstinas en limpiar las narices de la gente a tu paso...sólo mantén tu distancia. Y como bien lo sabes, mi muerte fue de desconcierto con un rasguño superficial!”

“¿Se encuentra el tatarabuelo también contigo?”

“Si, pero ya deshizo su corbata de moño... ¿Qué son esos aplausos?”

“Es una llanta ponchada”

“En todos los eones vividos jamás, nunca supe tan estrafalario apunte... ¿Quién habló de volver con la treta del ectoplasma? ¿Soñabas en agitar los milagros y regresar con flores en mano?”

“Afirmativo”

“Entonces demos un rodeo para no encontrar tu tao” -insistió.

“¡Está bien, me quedaré difunto...porque no toleraría una vuelta más sobre la rueda de la *samsara*! ¿Me oyes?”

El chofer bostezó sin despegar una mano del volante.

LA CONJETURA DEL JAROCHO

Morena mía, no existe un son científico que yo conozca. Ninguno que me sugiera que la fuerza de atracción es el producto *anclado en el cielo* de dos masas grises, ni que una trayectoria *de cien en sienas* es la igual voz en la radio de distancia que media entre ambos cuerpos. La Ciencia es un instrumento de autoindulgencia y ni siquiera pretenderá curar dicho desamparo. Sin embargo, la Ciencia enseña algo útil respecto al son jarocho: considerando que las matemáticas fijan ecuaciones incontrovertibles para reducir en algo cierto este universo a lomo de una tortuga al lomo de un papagayo al lomo de un elefante blanco y el cumplimiento de infinitos, fuera del pizarrón no hay nadie y lo mismo sucede con las palabras en arborescencia algebraica. Los momentos aplicados al utensilio de comprobación tienden a ser compensatorios. Cuando un jaranero declama, ¿Por qué me hiciste esto? ¿Por qué me rompiste el corazón? la incógnita a despejar es apenas el grado de traición inversamente proporcional al exponente en tal grito de dolor. Su vector de ira lleva al siguiente plano el círculo de los amigos, el triángulo pasional y el pentágono militar para considerar las distintas variables en la constante de silencio, integrando un “basta” tajante, secante, cosecante durante la comprobación en la división del amor. La raíz cuadrada del *tolache* simplifica la conjetura. Al cerrarse el requinto, la fisión de los sentimientos acaece tan violentamente como en los niveles subatómicos, al punto que la musa crítica desata una reacción en cadena de caricias y besos y la integral no nos inventa nada para volver a los números imaginarios. A escala, los valores de aislamiento se toman por ciertos. Como toda fórmula física, la hipótesis del equívoco es aplicable a cualquiera, no sólo al trovador.

Morena mía, quiero seguir hablándote de enteros y quebrados, pero mi casa importa un carajo por la economía de dos cuartos y la vigilancia de los primos. Tengo los pasos contados para huir o practicar los bailes que hacen el número del artista, el ánimo positivo y la rosa parabólica en el todo y en las partes, con los pétalos al cenit y las espinas al cubo donde tengo los versos tuyos. El algoritmo decae a sordera, pues te oigo no oírme, con esa probabilidad fatal de pares y nones, pero no me preocupo porque mi número de la suerte es el 3.1415980339887 49894 84820 45868 34365 63811 77203 09179 80576 28621 35448 62270 52604 62818 90244 97072 07204 18939 11374 84754 08807 53868 91752 12663 38622 23536 93179 31800 60766. Y si las líneas paralelas jamás se encuentran, al menos son discretas.

Besos

Fallo_JAR8

P.D.- Me resta decirte que te extraño en suma. Tengo una maravillosa demostración de esta propuesta, pero el margen de esta hoja es muy pequeño para escribirlo.

LOS DE ABAJO

Ícaro no murió en la caída.

Lo que Dédalo, su padre, nunca vio, fue lo siguiente:

Ícaro se precipitó contra el mar Egeo, hundido en el abismo azul, cielo inverso de las descomunales oleadas y extensa flotillas de nubes, hasta perderse de vista. Las alas se derritieron y se extraviaron. Ellas fueron llevadas a muchos codos de distancia por las corrientes estratosféricas. Cuando Dédalo descendió al dique de luz solar, dando vueltas, descubrió los piñones y las plumas flotando en el mar, pero nunca halló al hijo, porque éste había sido arrojado del lado oeste.

En una carreta llena de lana.

Pero, aún con tal almohadón, el impacto fue enorme. Ícaro se rompió ambas piernas, se desvió un disco cervical y cayó en completo shock, cuya potencia dejó la memoria totalmente machacada.

Cuando despertó en el hospital, no pudo recordar su nombre, no pudo relatar los detalles de su accidente ni pudo dar pista de donde provenía, quién era, a qué se dedicaba. Era una *tabula rasa*.

Fue adoptado por una familia que lo crió como su propio hijo. Familia numerosa y encinta, pero equitativa en la pobreza. Tradicionalmente, vendedores de vainilla, siendo que lo único que va quedando en Papantla es la danza de los voladores, con sus tamborcillos de madera y cuero, los penachos coruscantes con espejos y la fiesta sujeta por rayo o trueno de volatería.

Jugando con el arcoíris, Ícaro se viste de escamas ígneas y sube al poste, hincando los dientes orificados por fuerza. Antes de volar por segunda ocasión, el sudor febril invade todo su cuerpo.

Ve rostros remotamente familiares en las nubes.

38 GRADOS A LA SOMBRA

Constituyó la mayor noticia que la reapertura de San Juan de Úlva, aquel día que el Ovni aterrizó en Veracruz. Los escépticos acercamos más las banquetas hacia el centro de la mesa. La nave tocó tierra en medio de la Plaza de la República y dos seres extraterrestres bajaron a saludar a los grupos de bienvenida, tan confiados del trato cordial dado a los turistas, pero en el abrir y cerrar de ojos, su vehículo interestelar es *cristaleado* por algunos de los rateros de poca monta que encubren los drogadictos y homosexuales que rondan los antros de Constitución y Montesinos. Diario *Notiver* echa a andar los rotativos para generar el rumor negro de tan caliente noticia: “Llegaron y los llevaron al baile: cha, cha, chá”. Periódico *Sur* se manejó más lacónico: “¡Bienvenidos!”. Por su parte, los titulares a ocho columnas de *El Dictamen*, ocuparían su espacio en informarnos: “Don Juan Malpica se niega a morir”.

Los marcianos identificados como Saturnina y Venustiano recibieron las llaves de la ciudad de manos del presidente municipal, quien cree en los hermanamientos de ciudades distantes. Durante la reunión de cabildo, la minuta acuerda el develar una placa en honor de tan distinguidos visitantes, donde quedaría grabado el cambio de nombre al callejón de *Cuatro Cienegas* por uno distinto sonando a palíndroma. Después de la ceremonia, en rueda de prensa, estos seres dejaron bien en claro: “No tenemos intenciones de lastimar a su planeta. Únicamente venimos a comprar algunos portaplumas de conchitas y un par de gorritas de capitán en los puestos del Malecón”.

Saturnina y Venustiano, como era de esperarse, pasaron a entrar en vinculación con todo el mundillo intelectual y demás adheridos. La gran tuba establece un danzón en medio de los aplausos. La presencia va desde una entrevista en *Pasarela* hasta un reservado de

mesa en *Ocean Discoteque*. El caricioso *chochol* iba creciendo y entonces el arraigo entra en fotografías siguiendo el camino de los refugiados españoles, de los refugiados libaneses, de los refugiados cubanos, de los refugiados chilangos. Saturnina y Venustiano desaparecieron una noche, aparentemente a la mitad del tumulto entre *La Cascada del Sol* y el salón *La Luna*, según reportaría la policía intermunicipal aunque sin entrar en detalle.

La pesadumbre tritura las manos de cangrejo y es demasiada salsa en ojos y nariz para el crustáceo que cruza la memoria. Lo que al principio había entrado de contrabando al puerto, ahora, pasando los nortes, constituyen dos disfraces del carnaval. El miércoles de ceniza sobreviene después de que voceros de la Secretaría de Gobernación, hacen un comunicado oficial sin que venga al caso, declarando: “No se dará carpetazo”. A pesar de tomarse como un error mecanográfico, la colección de variados *tazos* no impide entrar en sospechas con *Sabritas*. De pronto, desperté, con pantalones largos, pero, salvo los hombres de letras, el resto no tiene palabra.

Finalmente, los estrategas del Gran Café de la Parroquia intercambian voces y gemidos que se consiguen de la canilla ligeramente amarga del mediodía. ¿Cómo pudieron dos piratas que jamás existieron, tomar por prisionera a la sofisticada modorra del puerto? Don Arriola Molina responde: “Yo creo que la historia de fanatismo expuesta tiene resonancias evangélicas y cierta matización de la escrupulosidad, que habiendo sido desechada posteriormente por la ciudad, cabe replantearse por virtud de su grosor o delgadez para distinguir la firma apócrifa, más cercana ahora a la de una alusión. En especial, la parte narrativa en que discrepan los defensores del uso de la guayabera y que allega este café con aroma de mujer al asunto de alcanzar mesa o no, pero yo hallaría un contratiempo en ser réferi para tal cuestión debido a que en estos momentos soy Júpiter”.

El calor se vino en serio.

PAYASOS ASESINOS DEL ESPACIO SIDERAL

Los payasos no me han parecido graciosos ¡Jamás! De hecho, me inspiran un terror especial. Ignoro ¿donde empezó tal aversión? Tal vez, será desde aquella ocasión que fui al circo y uno de ellos mató a Papá.

Caminar la cuerda floja es el hilo más colgante que el hilo de saliva, el resto es únicamente esperar. Se presentó el grandioso cartel del payaso suicida y aquel día, entre las gradas estábamos yo y mi papá. Pronto el acróbata que viene y que va... ¡Nos tenía a todos sentados sobre la orilla! “Papá, si no lo estuviera viendo, llegaría hasta a dudar que mantiene su equilibrio con esa sombrilla”. Mejor le hubiera convenido entonces un paracaídas, para los cómicos ademanes de su salto mortal. ¡El grotesco zapato resbaló de la línea y papá le esperó en caída vertical!

El maestro de ceremonias acercase deprisa, mientras el público sospechaba que algo andaba mal. Se puso de pie y, con la chistera sobre la camisa, me dijo al oído que “*nada se podía hacer más*”. Dos reflectores con toque de corneta trazan el compás, donde la cubeta de aserrín cubre la sangre en la pista. El circo está lleno y... ¡La función debe continuar! ¡Por lo que el domador de leones prolongará vuestra risa!

No soporto a la gente que ríe hasta llorar, pienso que se burlan de mi parálisis facial y nunca de la red invisible debajo del hombre del cañón. Creerán que es una superstición, pero los payasos no me han parecido graciosos... ¡Ja-ja! ¡Ja-ja! ¡Ja-ja-jamás!.

CARCAJADA MACABRA FINAL

Hubo una vez un par de hermanas de modos irreconocibles entre las estatuas del hambre. Mariana tenía diez años y Mercidalia contaba con ocho. Ambas vivían en una casa de la sección del *Infonavit* para aceptar la culpa al lado de su mamá y de otro hermano recién nacido. El padre de los tres era un agente de ventas que, por motivos de contrato, tenía que ausentarse de casa durante períodos prolongados.

Cierto día, Mariana y Mercidalia pastoreaban las bolsas de basura que moja con inapetente mordedura la orilla de la laguna de los lagartos, cuando se toparon con una niña gitana que golpeaba un pandero. El circo se presenta bajo los reflectores de una tormenta y un afiche suelta la voz comedida de trueno en el muro creciendo y raspando. Nos frotamos las manos y reímos. A propósito de la basura de la comunidad, la niña tamborileaba el instrumento y un manojo de muñecos de fósforos se levantaban del suelo y danzaban idénticos. Mariana y Mercidalia nunca habían visto algo semejante en su vida, entonces supusieron que ese pandero era mágico.

La gitanita vio sus caras pálidas y rió, diciéndoles:

-Claro que podría regalárselos....pero con una condición.

La oferta arquea las cejas, en tanto los fósforos titubean y caen nuevamente.

-Me pregunto ¿Qué tan malas podrían ser?...vuelvan mañana y díganme si cometieron una mala acción y entonces ya veremos...

Dicho y hecho: Tan pronto como las niñas penetraron el cerrojo de la puerta, empezaron a gritar, cosa que iba contra todas las reglas de casa, y a rayar las paredes con crayones. Durante la cena, escupieron la comida y cuando llegó la hora de dormir, jugaron

una guerrita de almohadazos. Ambas tenían la seguridad de que todo esto habría malhumorado a mamá siquiera un poco.

Muy temprano, al otro día, juntas corrieron a buscar a la gitanita y contarle cuán pésima conducta habían mostrado el día anterior.

-¡Danos el pandero!

-Todavía no -rió la pequeña gitana -...tienen que comportarse mucho peor que eso.

No satisfacen el precio de su música.

La mano abierta cubre el área del pandero y reanima la empresa de los fósforos.

Frustradas, las niñas regresaron para arrancar todas las flores de las macetas, arrancarse pedazos de ropa una a la otra y arrastrar por el rabo al gato.

-¡Esto ha llegado a un colmo! -reprendió la mamá -¡Si no ponen un fin a tanta desobediencia, van a ver si no tomo a su hermano menor y me voy lejos!

Esta sentencia asustó a Mariana y Mercidalia mucho y empezaron a llorar.

-Ya nos vamos a portar bien. Te lo prometemos...

Dialogando los cabellos largos en cama, ambas hacían una breve recapitulación de los hechos que dejaron marca y de los que no.

-Se me hace que nada más nos quiso asustar, pero ni falta que hace que sea cierto que se fuera o que sobreviva, pues yo creo que mañana habremos ganado el pandero... - comenta Mariana.

-Pero ¿y si no nos lo dan?

Cuando hallaron a la gitana bajo la carpa de la mañana siguiente, ella tocaba su cimbal peculiar y los muñecos bailaban. Entonces confesaron que tan malas y crueles habían sido.

-Supongo que cuánto hicimos ya es lo suficientemente cruel como para merecer el pandero...

-No tan de prisa. A veces nos toma más cuenta de los dedos que tiempo para hallar la respuesta a una adivinanza... ¡Sólo digo que les queda una oportunidad!

-¿Quién eres? ¿Qué quieres?...Nosotros ya prometimos a nuestra mamá que nos volveríamos a portar bien...

-Bueno, si mucho desean mi pandero tendrán que portarse peor...

-Está bien, ya es mediodía y se trata de un solo día más -comentó Mariana a Mercidalia. -y una única travesura, no podría hacer saber a mamá si fuiste tú o yo la que faltó...¿no?

-Espero que tengas razón...

Decididas a algo aborrecible, singular, éstas ponen a disposición de su hermano menor un juego de hojas de afeitar en la cuna.

La Mamá llega por detrás y grita.

-¡Están locas!

-¡Perdón, ya no vamos romper nuestra promesa!... -chilla una de ellas.

-¡Perdónanos! -grita la otra.

-¡Nosotros nos vamos de aquí! -dice y retira las navajas llorosamente cortés.

Inmediatamente, Mariana y Mercidalia salieron con la cuarta dinastía de sus chanclas en pos de la gitanita e intentaron romper el trato. La niña se encontraba desbaratando una pequeña pira de cerillos en su bostezo.

-Nos comportamos horrible, más horrible de lo que pudiéramos imaginar y estamos arrepentidas...

-Ya no queremos el tambor ni nada...

-Ni se los iba a dar. Era solo un juego que se me ocurrió en un jardín chino...¿Qué no se habían dado cuenta?

Mariana y Mercidalia empezaron a llorar. Regresaron a casa para renovar la amorosa tregua con mama, pero la casa estaba vacía.

-Habrá ido a la tienda -comentó Mariana.

-Creo que ahora sí nos pasamos de la raya...

Por primera vez ante las cantidades rosadas de ventanas, Mercidalia y Mariana se sintieron solas y aterradas. El reloj detuvo la orquesta de sus doce campanadas y no había pista de que regresara su mamá. Resignada al participio pasivo de una posible pesadilla, Mercidalia se dirigió a su cama, pero Mariana lo tomó menos a pecho y empezó un silbidillo burlón.

-Lero, lero...lero, lero...

-¡Hermana! -gemía Mercidalia -¡deja de burlarte, qué es toda tu culpa!

Mariana tronó la boca y cerró tras de sí la puerta.

Mercidalia se dejó dormir.

Ella abrió los ojos al día siguiente y la tonadilla burlona de Mariana continuaba desde su cama. Todavía somnolienta, se reincorporó y dijo:

-¡Deberías de dejar de burlarte y decirme si regreso mamá!...

La hermana no contestaba, pero la tonadilla continuaba. Mercidalia saltó enojada de su cama y jaló de las cobijas de Mariana. Gritó. La cabeza de Mariana había desaparecido. Alguien la había decapitado con saña.

Mercidalia se dijo a sí misma:

-Cuando abra los ojos, todo volverá a estar bien...

III



NOVELA
POLICIACA

EL EXTRAÑO CASO DEL JARRÓN PRÍSTINO

PREFACIO

Históricamente, como se aprecia en el temprano período Ming, los jarrones han sido pretexto para el artista, porque el maestro vuelca en ese objeto todo el conocimiento de la vida y de su técnica. El mismo Benvenuto Cellini, un florentino, dejó jarrones trabajados con delicadeza y paciencia –pese a que siempre tenía prisa, ya por una mujer o un acreedor, que para el caso es lo mismo. En la alfarería mexicana se les puede comprar por veinte pesos, son de barro y fácilmente pasan inadvertidos cuando se rompen.

CAPITULO I

Mi nombre es Ernesto Cedillo, detective privado para el lector favorable de las novelas policiacas. Lo siento, pero con un nombre como ése...¿Qué esperaban? ¿A un político?

Era la noche más calurosa del '94 y el cantinero, un fulano que parecía como si acabase de regresar del mismo carnaval de Veracruz y olvidara quitarse la máscara, no me alcanzaba a oír en mi garla introductoria.

El miraba idiotizado su Sony de 21 pulgadas de contrabando.

"...El cuerpo de la persona identificada como Juan Houston, comerciante de antigüedades, fue encontrado muerto esta noche en las inmediaciones de una subasta llevada a cabo en el Hotel Maltés. Debido a la alta puja de la víctima, a las autoridades mexicanas les fue difícil discernir su etiqueta de rigor del *rigor mortis*. El dictamen forense

llegado a esta redacción indica que se trató de un asesinato, pero no hay más pistas por el momento. Seguiremos informando..."

Informaba el reportero sensacionalista de las noticias de las 10 p.m.

-Vaya- gruño el cantinero, al tiempo que desenchufaba la TRINITRÓN encelada en un rincón.

No pude entenderle.

-¡Dispara de nuevo, chico!- le contesté con sarcasmo.

-Mira, payaso, ¿Vas a beber algo?...¡Es casi hora de cerrar!

Rápidamente miré mi reloj; O eran las 10:30 a.m., o una de las manecillas en mi SWATCH se había zafado para caer completamente vertical. Eran las 10:30 a.m., así que empujé el ala de mi sombrero hacia otra posición diferenciada de asombro.

Troné los dedos y amenacé.

-¡Apenas suceden las 1030 horas para querer cerrar la llaga de otra agresiva noche de fin de semana y dentro de este local únicamente quedamos tú y yo...así que pon mucha atención a lo que te voy a decir: ¡Jálate uno de esos íntimos licores inconfundibles a tu espalda y sírve me la de cortesía, pero sin hielo!

-¡Mamón!- volvió a refunfuñar el fiero *bartender* mientras yo, alargando un silbido al compás del tintineo de unos hielos cayendo dentro de mi vaso, le ignoré.

El siguiente sonido que alcancé a oír a la par fue un simple ¡CRACK!

Ese es el peculiar sonido que hace mi cabeza cada vez que entra en contacto con la cacha de una .45; Cuando suelo ser golpeado con una .38, el sonido es un poco más vibrante...¡GONG!. "Esta vez, definitivamente, era una .45", pensé.

Entonces todo se puso negro.

Cuando recobré el sentido, mi cabeza palpitaba como si los lacandones estuvieran celebrando sus fiestas de la fertilidad y hubieran agarrado mi cráneo como tambor. Tanteo alrededor mío en busca de la barra y al ajustar la visión, la escena se petrifica de gris con la punta embotada de una .45 apuntando al centro de mi rostro. La sostenía un "mono" vestido como líder sindical de cuatro sexenios atrás: guayabera blanca y par de lentes muy oscuros sobre tupido bigote de azolve.

Si no fuese por las cosas que se ven en cada campaña presidencial, estos "payasos" no sabrían vestir.

Oí un tosido familiar, llamando enseguida por mi diminutivo: "¡Neto!". La voz pertenecía a un tipo gordo vestido pulcramente de blanco. "¿Por qué será que los gordos siempre se visten enteramente de blanco?", pensé. Es decir, si vistiesen colores un poco más sobrios ¡No se verían tan asquerosamente gordos!

-¿Cómo te sientes, mi buen amigo?- preguntó el obeso.

-Bien- repliqué -pero mi cabeza palpita como si los indios lacandones estuvieran celebrando sus...

-¡Silencio!- siseó su guarura, con la receta fácil de empuñar más cerca el cañón a mi nariz.

-¡Queremos el jarrón!- exigió el panzón.

No tenía la más mínima idea de lo que hablaba.

Debido a que he habituado mi cerebro a esta clase de situaciones comprometidas con anterioridad, la experiencia me dictó qué hacer...

¡Tenía que hacer tiempo!

-¡No lo tengo yo!- dije.

El servil mequetrefe me empujó súbitamente hasta otra área de tortura. Portaba unos nudillos de imperativo acero.

-¡Plutarco!- puntualizó el gran ballenato blanco -esa no es manera de tratar a un invitado.

Tuve que coincidir con los comentarios de Moby Dick; A pesar que, técnicamente, no era yo un invitado. Luego, la voz del corpulento villano tornó en un reloj de arena sepulcral que bajo por mi nuca, al escucharle decir:

-¡Mátalo...con mucha cortesía!

CAPITULO II

Ellos querían el jarrón, pero yo no tenía el jarrón. Ni siquiera sabía a qué %&/\$=*&!!! jarrón se referían. ¡Y pensar que por el mundo de la cerámica deben de existir millones de jarrones usándose como floreros o urnas crematorias en este instante!. Más ellos querían el jarrón y tampoco sabían que no sabía lo que ellos sabían y debiera saber, pero yo no sabía que sabía que sabía hasta que ellos me lo hicieron saber...bueno, tenía que hacer más tiempo.

Así que les propiné la vieja fórmula policiaca y antes que se dieran cuenta, el cebo quedó puesto:

-¡Está en un *locker* de la terminal del ADO!

Ahora saben por qué nunca es posible encontrar un *locker* vacío en las terminales de autobuses. Si atan cabos, todas las personas que se ven apuradas en una novela de misterio siempre esconden el cuerpo del delito dentro de ellos.

-¡Deme la llave, Ernesto!

Mi invención con peso, sabor y olor le había hecho morder el anzuelo.

-Se la di a un amigo para mi seguridad y, si algo me pasa...¡La llave irá directamente con los federales!

Plutarco hizo una mueca con la misma benevolencia del banquero que acaba de ser nacionalizado. Cortó cartucho.

-¡Déjeme matarlo, jefe!- suplicaba.

-Pluterquito- le expliqué con alguna conciencia laxa en su titubeo -quise decir que si soy lastimado, ¡Los "polizontes" se apoderan del jarrón!...

Obviamente él estaba más interesado en eliminarme, que en el mentado jarrón.

-¿Ya puedo dispararle, jefe?

El immaculado globo terráqueo colocó su obesa mano sobre el hombro de su pequeño títere balandronero, dándole algunas palmaditas de sosiego.

-Te puedes marchar, Cedillo...pero muy pronto oirás de mí.

Regresé a mi oficina como si nada hubiera pasado; suspiré por el siguiente momento, desenroscando la botella de whiskey en la gaveta izquierda y teniendo la primorosa vista de la inversión térmica desde el reposo *art nouveau* de mi edificio de rentas enfermas.

Había sido un día flojo.

Había sido golpeado en la cabeza por una .45, raptado, amenazado de muerte, encañonado al rostro...

-Bueno- me dije a mí mismo -todavía es temprano, cariño.

Crujió mi puerta en la cual se lee "PRIVADO" y, tras abrirme paso entre la correspondencia tirada, un fuerte olor llenó el aire. Generalmente, mi despacho guarda cierto aroma *añejo* debido al humo de mis habanos o las tortas de chorizo...pero esto era distinto. ¡Era perfume! Mi mente y mi nariz a la orden empezaron a trabajar en la sorpresiva pista. ¡Ajá, perfume! ¡Eso significa una dama...pero hoy en día no se puede estar tan seguro, quizás era un Brut!

Instantáneamente sentí algo frío y duro presionar mis costillas. Era una niquelada .38.

-Sr. Cedillo, quiero el jarrón.

-*Et tu brut...*- murmuré.

-¿Qué?

-Nada, no hagas caso...es sólo algo de Shakespeare, cariño. Literatura policiaca muy, muy clásica...- expliqué.

-¿Sí?

-Verás, aquí todo el Senado romano se confabuló, cuchillo en mano, contra Cesar...incluso su hombre de confianza, Brutus, y entonces...

-¡El jarrón, dámelo ya o te perforo de un plomo!

Hice mis movimientos felinos: me volteé, abrazándola por la cintura con una llave grecorromana y forcejé. Por lo general, no me gusta ser rudo con las damas... pero no creo que me gustara ser perforado por un pedazo de plomo, especialmente con el estómago vacío desde anoche.

Sorpresivamente yo volaba por los aires, aterrizando sobre los fríos mosaicos con la naturaleza no tan ajena al almohadín del *parchis*. Alcé mis ojos...ella sostenía el revólver todavía. La dama era una madurona, pecosa y rolliza mujer que vestía pantimedias negras que se arrugaban a la altura de las rodillas. Todos los grandes detectives en el negocio siempre conocen a sofisticadas y provocativas rubias. Yo, en cambio, me involucro con la clase que usa pantimedias negras con arrugas notables a la altura de las rodillas.

-Soy cinta negra, 5° dan- dijo modestamente.

Debí imaginarme que hoy sería uno de esos días.

CAPITULO III

-¿Donde está el jarrón?

-Madame, yo no tengo el jarrón. No me gustan...es más, ¡ni siquiera compro rosas en el día de las madres!

Un gesto de desconcierto se dibujó en su rostro.

-¡Usted debe tenerlo...se lo envié por correo! ¡Yo misma rotulé el empaque con los sellos "URGENTE" y "MANEJESE CON CUIDADO"!

-Mujeres- pensé -¿Cuándo aprenderán?. Si marcas cualquier envío con sello de "URGENTE", los bromistas en la sección de paquetería lo embarcaran sobre el lomo de una tortuga; Y si lo etiquetas "MANEJESE CON CUIDADO", es seguro que vaya a parar como silla de esquina a los luchadores de la triple A.

-Es probable que lo hayan embarcado sobre el lomo de un caracol- contesté con mi habitual treta dilatoria investida de ironía -¡Ahora, hágame un favor y retire de mi trayectoria su revólver!

Ella puso la Smith & Wesson en su bolso. Con su cuerpo, mucho me alegro que no usara fundas de arma en la pierna.

-Cuénteme acerca del jarrón, lady.

-Es una extraña historia...

Yo suspiré. "Así son siempre, cariño".

-Todo empezó en otra novela *noir*, hace muchas páginas, en una mancha cuyo nombre no quiero acordarme...bueno, allí vivía un rey que tenía tres hijas, las metió en tres botijas y las tapo con pez...¿Quieres que te lo cuente otra vez?

-Tienes razón, es una historia muy extraña...- dije.

-¡Todavía no llego a la parte extraña!- remarcó.

Ella continuó en su garla rodeada de moscas.

-Puesto que las hijas habían desaparecido, al morir el rey no hubo quién le sucediera en el trono. Ciertamente el decano entre los concejales fue el único que había heredado del monarca un jarrón que contenía tres papeles doblados en los que, se aseguraba, estaba previsto todo el sistema de gobierno. Dicho concejal asumió el poder durante seis años y al término de su mandato volvió a transferir el misterioso jarrón al siguiente candidato. Así, sucesiva y notoriamente, fue cambiando de manos cada nuevo sexenio...hasta que, un día, un osado caudillo trajo la revolución al país y se apoderó del preciado objeto de cerámica y sus secretos de poder. Cuando todo se resolvió sobre la tierra cauterizada, el pueblo estaba feliz pues este hidalgo gobernaba con ellos y para ellos pero, al poco tiempo, las cosas empezaron a perder control: alzas de precios, huelgas, manifestaciones, etcétera. Aquel héroe sacó un primer papel del jarrón y leyó: "¡Échale la culpa al gobierno anterior!"; La situación mejoró un poco, aunque seguía la tensión y nuevamente, pasado otro par de años, volvió a imperar el caos: más huelgas, devaluaciones, corrupción. Rápidamente hurgó por el segundo papel y leyó en voz alta: "¡Haz cambios en tu gabinete!"; El país repuntó...pero al final de otros dos años, la situación se volvió incontrolable. Aquel campeador sacó el tercer papel y leyó taciturno: "¡Haz otros tres papeles!". Al morir el mandatario, fue enterrado con todos los honores en el mausoleo real, junto con el jarrón que contendría sus cenizas...entonces fumaba mucho. Páginas después, este cenicero sería robado por un profanador de tumbas, cuyo paradero fue localizado al poco tiempo, con excepción de su cabeza...y el jarrón, por supuesto. La historia termina con una maldición: "¡Aquel que posea el jarrón, sufrirá muerte súbita, no tiempo extra!".

-¿Por qué me lo envió a mí?- pregunté -¡Si hay algo que odie es una muerte súbita, en especial la mía!

Unos nudillos tocaron a la puerta. Era el cartero sosteniendo un paquete que parecía como si hubiera atravesado a patadas el campeonato por la liguilla de ascenso.

¡BANG! ¡BANG! ¡BANG!. Tres explosiones retumbaron en mi oficina. "Debe ser un escape descompuesto", pensé.

Negativo. ¿Qué podría hacer un carro dentro de mi oficina? O quizás eran unos petardos...pero hoy no era 16 de Septiembre, caramba, ni siquiera era Septiembre.

Miré alrededor. La dama que me había enviado el bulto yacía sobre los fríos mosaicos en un charco de sangre de a de veras.

La parte superior, correspondiente a su cabeza con una peluca, fue decapitada. Estaba tan muerta como el programa de "¡Sube, Pelayo, sube!".

Estaba en lo correcto respecto al juego de las emergencias; Aquellos tres ¡bang! ¡bang! ¡bang! no pertenecían a un escape roto ni a unos petardos, ¡Habían sido disparos!

La maldición del jarrón había funcionado otra vez.

Y ahora la pieza desempacada estaba en mi posesión.

CAPITULO IV

La puerta de mi despacho se abrió violentamente. Era el "miltoneladas" vestido como si fuera a tomar su primera comunión.

-¡El jarrón! ¡el jarrón!- gritó -¡Tú tienes el jarrón!

Antes de que pudiera decirle cualquier cosa, el aire se llenó de más escopetazos. Muy pronto me vi en el suelo junto al inmenso cuerpo del gordo quién, desafortunadamente para él, contaba con un agujero destinado para mí en su espalda. No soy doctor, pero reconozco una herida cuando la veo.

El "Peso completo" estaba más muerto que el cubo Rubik.

-¿Qué diablos pasa aquí, Donald? ¡Esto parece una galería de tiro!- intervino el agente del M.P., mi entrañable y viejo amigo Armando Leyes, abriendo la puerta de mi oficina-¡Otro cuerpo más y quizás ganes un panda de peluche!

"Todo el mundo se siente comediante", pensé.

La policía judicial llegó y se llevó los cuerpos.

-¡No salgas de la ciudad!- advirtió el agente del M.P.

Me quedé solitario en mi escritorio, con un jarrón lleno de preguntas. Por ejemplo, ¿Quién podría estar matando tanta gente en mi oficina? Una situación como esa me podría dar muy mala reputación, oh no...¡Tenía que hallar al asesino!

-Tiene que ser alguien relacionado contigo- susurré al jarrón.

Las líneas de fuego me hacían suponer que las balas habrían sido disparadas desde el otro lado de la calle. Cautelosamente me asomé al hotel justo al frente de mi edificio y algo captó mi atención...pero la chica cerró la ventana. Al alzar un poco más la vista, me vi

cegado por el duro reflejo del sol sobre un pulido objeto de metal; O era una bonita antena parabólica o el barril de una escopeta Remington.

¡CATAPLUM! ¡CATAPLUM!. Era el barril de una Remington.

De nuevo me encontré en el suelo, esta vez aullando de dolor.

No es que me hubieran "pegado", sino que aterricé sobre la Beretta que porto siempre al cinto para ceñir un poco más los pantalones. Estaba furioso, quiero decir, ansioso...¿Quién va a pagarme todas las ventanas rotas?

Crucé la calle hacia dirección del edificio vecino. Tomé el elevador hasta el 6º piso, pues concluí que de ahí todos los disparos provenían. No estaba seguro del cuarto.

Toqué en la primera puerta.

-¡Jesú, mi marido!- dijo una voz de cubana en el interior.

Cuarto equivocado. Toqué en la siguiente puerta.

-¿Quién?

Era una voz familiar.

-¡Servicio de restaurant!- grité al punto que retrocedía para agarrar vuelo.

¡CRASH! ¡CRASH!. Dos descargas de escopeta atravesaron la madera. Yo oprimí mi gatillo en un acto reflejo. ¡BUM! ¡BUM!.

-¡Aaaaargh!- fue el alarido que escapó de la cerradura y entonces se sacudió toda la habitación con el golpe de un cuerpo caer detrás de la puerta. Cuadrándome a la pared del corredor, poco a poco fui abriendo la entrada...y ahí, sobre la alfombra persa, estaba Plutarco, luciendo un par de ojales nuevos en su guayabera. El estaba tan muerto como el PRI.

-¡Bien, gusano, arroja tu arma!

Esa era la voz risueña de alguien traído desde la pesadilla.

La impotencia hizo temblar a mi cerebro. Alguien se estaba burlando de una de las frases sagradas en Dashiell Hammett. Giré sobre mi propio eje y, en otro acto reflejo, oprimí el gatillo. Allí, en el desenlace que guarda un largo trago de saliva, ya nadie podía salvar la coartada ¡Del cantinero!

-¿Sorprendido?- exhaló casi obligado en el último momento.

-No precisamente. Me figuré que tenías que ser tú, pues los demás personajes ya están muertos.

Como lo está esta obra.

Yo tenía el caso resuelto cuando llegó la policía de nueva cuenta, comandados por mi buen amigo Armando Leyes.

-Llegas un poco tarde, licenciado...¡Lo tengo todo resuelto ya!

-¡Al grano, Ernesto! ¡Cuéntamelo todo!

-Es una extraña historia. Verás, todo empezó hace mil años con un rey que tenía tres hijas...

-¡Vamos, elimina los primeros 999 años...yo solo quiero oír lo sucedido a estos cuerpos!

-Muy bien- continué -¿Recuerdas lo acontecido durante el Capítulo I, cuando el cantinero miraba el noticiero en lugar de una buena función sabatina de box? Las noticias se referían al asesinato de un traficante de obras de arte. Inmediatamente sospeché que fue eliminado porque tenía el jarrón en custodia y qué, para tal caso, el "Gordo" y su guarura habían hecho el trabajo, a la salud del cantinero. Ellos tenían el jarrón pero, antes de que pudieran retenerlo por más tiempo, la mucama del hotel se los robó y me lo envió por correo al Capítulo III. Plutarco la eliminó en mi oficina para no levantar sospechas y al

"Gordo" lo volvió alcancía con una ranura en la espalda, cuando este intento recuperar el jarrón sin su ayuda. Yo me hice cargo de Plutarco y el cantinero...;Ahora dejo el cacharro en manos de la justicia!

-Ernesto, esa historia no tiene sentido...

Yo suspiré. "Estos casos jamás lo tienen, cariño".

-¡No salgas de la ciudad, Cedillo!

Uno pensaría que los hombres duros, en cada nuevo caso, podrían estrenar alguna frase sutil y fina como: "¡Quedas restringido a esta jungla de hierro y asfalto!"; O algo más pintoresco todavía: "¡No abandones el nido, Cucú!".

Caramba, si cuando menos tuvieran algo de imaginación, de seguro no serían policías. Podrían ser detectives privados...

O políticos.

EL REGRESO DEL JARRÓN PRÍSTINO

CAPITULO I

Junio 2, 7:30 p.m.: Patrullaba la zona taciturna de los muelles a bordo de mi Volkswagen subvencionado por el Gobierno Federal, placas BON-007. Era otra noche tropical que sufre el Golfo y las articulaciones de mis dedos se entumían por manejar en el terreno prohibido que sufre el golfo. El cordón de vigilancia sobre la línea costera venía en atención al documento oficial sellado y resellado y curso para mí, que ya recriminaba entre eructos de cerveza su largo camino burocrático. El escrito de asignación especial, convertido a servilleta inmediatamente releído, obedecía al zumbante rumor de los medios no oficiales sobre la posible infiltración de abejas africanas indocumentadas al interior del país. Mi misión consistía en detener a estos desdichados ilegales.

Mi nombre es Ernesto Cedillo, detective privado...y esa noche no había avisado, perdón, avistado nada extraordinario sobre el horizonte, a excepción de un gol en fuera de lugar de cierto partido de fut-bol playero, cuando recibí un 10-4 por la radio. Me dirigí con 10-30 a conocido motel de la zona franca y dejando ese marcador 10-0 antes del silbatazo final.

7:50 p.m.: En el interior de la habitación yace el cuerpo de una meretriz un tanto pudorosa bajo la ensangrentada frazada. Claro, es principio de mes. Un oficial recoge un kotex como evidencia y lo deposita dentro de una bolsa de plástico. Yo levanto dos casquillos tibios del suelo. Flashazos aquí y allá. La prensa interroga al dueño del lugar.

-¿Podría informarnos que sucedió aquí?

-¡Es la selva! ¡Nadie está a salvo! ¡Asesinos, asesinos!...

Se desmaya.

La vieja técnica del descuentón cierra la puerta del cuartucho marcado con el número 3 a los reporteros de la nota roja y reanima al posadero.

-¿Tendría una mucama que viniera a levantar todo este desorden y nos trajera más toallas limpias?- interrogo.

-¡Perdone mi cobardía, pero es la primera vez que veo a alguien que comete un suicidio con un hacha!- me confiesa.

Lo entiendo...aunque ¿Por qué la víctima tuvo que asestarse 41 hachazos en la cabeza?. Quizás padecía fuerte migrañas o, tal vez, era tartamuda...

Tenía mis dudas. Aquí había gato encerrado.

-¡Tenemos una nota de suicidio aquí!- gritaba un perito, al tiempo que desprendía una hoja clavada al mango del hacha que sobresalía de la cama.

Posteriores pruebas de balística confirmaron la ausencia de huellas sobre la superficie del papel, en el que se leía a simple vista: "FORMA STENCIL PARA SUICIDAS SHCP-2. A QUIEN CORRESPONDA: NO SE CULPE A NADIE DE MI MUERTE. FIRMA"

La "X" sobre el espacio destinado a la rúbrica desmoronaba todas mis hipótesis.

El hostelero se volvió a desmayar.

8: 10 p.m.: Su nombre era Evelina...una chica sentimental que no toleró ser "cortada" por su amante. La identificación del cuerpo la hace Abby J. Reyna, quién positivamente la reconoció como su media hermana. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!.

Yo sigo pensando que nos hallamos frente a un homicidio premeditado y la autopsia detecta tierra bajo las uñas.

-Todos la tenemos en mayor o menor cantidad, Ernesto...¿Eso a donde te conduce?- pregunta el forense.

-¡A la dirección apuntada sobre la cajetilla de cerillos!- respondo al tiempo que palpo los bolsillos y el cigarro apagado pende de mi boca.

-¡Wow, desde tu anterior caso te has convertido en todo un experto!

-¿En criminalística?

-No, en clichés...- dice y presenta su encendedor inflamado ante mi cara.

CAPITULO II

10:00 p.m.: A las puertas de "La Colmena" me topo con una piedra disfrazada de portero que me impide el paso.

-Este es un club privado- informa mano en alto, confundiendo mi rostro con el área de algún claxon.

La vieja técnica del puntapié en la entrepierna es mi ticket de entrada.

En el interior del antro, localizo la mesa del "*Baby Boom*", un malandrín del escaso metro de altura, pantalones cortos y globo rojo con la leyenda impresa "aquí estoy", y quién es conocido en todo el bajo mundo por matar a "trompadas" de miel. Le acompañan su eterno guardaespaldas, Martin Cholano alias "*El aguijón*" y Abby J. Reyna, quién a la ocasión luce transformada por platinada peluca y cintura de avispa.

Volteo a depositar las cenizas de mi habano al florero más cercano y me topo, cara a cara, con Armando Leyes, mi viejo amigo al servicio del Poder Judicial.

-¿Qué haces tú aquí?- pregunto.

-Hola, Ernesto...le sigo la pista al jarrón.

-¿Aquel que fue más perseguido que el mismo Halcón Maltes?

-¡Lotería!...Presiento que el "*Baby Boom*" se halla inmiscuido en el asunto y estoy aquí para agarrarlo con las manos en la cera, perdón, la masa.

Para disimular nuestra aproximación a la mesa de los sospechosos, él me invita a bailar.

10:10 p.m.: Dando giros irrumpimos en la clandestina reunión. Mediante rápidos movimientos de desenfunde mutuo, yo coloco el par de casquillos vacíos sobre el mantel.

-¡Hey, son mis casquillos!...¿Donde los había dejado?- exclama el hampón, simulando sorpresa.

-Junto al cadáver de Evelina- digo.

-Ah, esa desdichada...la última vez que la vi fue en Picadillo Circus. ¡Ja! ¡Ja!

-Se pronuncia Picadilly...y ahora dime, ¿Cuál es tu cortada, perdón, coartada?

-El jarrón. Ese jarrón está lleno de sorpresas. Ella gustaba mucho de tararear: "¡El puente de Londres se va a caer, se va a caer sin remedio!"; Pero no, yo le propuse que jugáramos a "las ollitas de miel, que están cargaditas de miel", entonces ella se volteó y perdió...no contaba con que me gusta hacer trampa.

-¡Qué sanguinario!

-Para mí fue como un juego de niños...

La vieja técnica del piquete a los ojos desarma al "*Aguijón*". El descuido es aprovechado por Abby J. Reyna, quien toma uno de los floreros contiguos entre brazos y corre con él hacia la salida.

Todos vamos tras ella.

No por gritarle su nombre con la aguda sirena de la ley es que la alcanzamos, ni tres tiros al aire cierran el corredor...pero, finalmente, es el suelo el que nos gana el objeto de las discordias. El camuflageado jarrón cae y se rompe en mil pedazos, desparramándose a lo ancho de la calle. Extrañamente, en medio de los grumos de tierra, quedan al descubierto un par de chupones y una sonaja.

Esto explica la tierra bajo las uñas.

Ay, Evelina...Evelina, ¿Que pensarías tú a que se refiere un jardín de niños?

-¡Olvídalo, Cedillo... es Huacatown!- sentencia Armando, dejándome en un palmo de narices similar al que sufre Jack Nicholson en el desenlace de su film.

La vieja técnica del carpetazo incorpora en la complicidad al archivo muerto.

EPILOGO

Abby J. Reyna fue detenida porque se le comprobó que era indocumentada. Purgaría siete años en Pacho Viejo hasta qué, desconsolada, destapa el frasco aerosol hecho llegar misteriosamente a su celda y comete insecticida.

Baby Boom y el Aguijón hallan la muerte mutuamente en el transcurso del peligroso juego "aserrín, aserrán" con los productos John Deere.

Evelina hizo su venganza dulce, dulce...no obstante, mereció una larga, larga colmena, perdón, condena.

Armando Leyes se tomó dos alkaseltzers y jamás volvió a buscar una novia o el llavero extraviado por el método de las abuelitas.

Yo...renuncié al cuerpo policiaco. Me hice escritor y vendí los derechos a un estudio de cine...¡Es la vieja técnica del tiro de gracia!

Caso cerrado.

EL AUTOR

Solo Veracruz es bello, pero solo. Gabriel Fuster es motivo de censo entre los nativos. Sus libros, por otro lado, son motivo de censura. Títulos como *Tú también estás Feo* (Poesía 1988-1999); *Salmón* (Cuento 1995-1999); *Té con sir Andi Piti* (Cuento 1986-1992); *Quizás no vuelvas a tomar tu merienda en este Continente Jamás* (Narrativa); *Goo Goo Goo Job* (Narrativa); *Polo Club* (Memorias de Viaje 2003); *Vía Muerta* (Cuento / Beca Creadores 2004); *Palabrotas* (Piezas Teatrales varias); *Cameo* (Cuento, 2005); *Tres Veces bilín* (Cuento, 2006) *Cuadros con descuento* (Cuento, 2007) y *Leticia se aleja del Golfo de México* (Cuento, 2008), todos y cada uno hurgan en paraísos artificiales de acostumbrada soledad, donde gobierna lo que escribe. Veracruz lo guarda como Belo. El hipocorístico no tiene antecedentes penales ni fama. Todos sus papeles están en orden.